

Año XXXI.

Madrid, Jueves 26 de Enero de 1911.

Núm. 4



¡SANTA FAMILIA!

Ayuntamiento de Madrid

Folleto número octavo

(SEGUNDA SERIE)

Se titula "Las 67 preguntas de Zapata", y lo hemos reparado ya.

La Inquisición contestó á las preguntas del célebre teólogo, llevándole á la hoguera.

Cuento del siglo XIII

Hubo una ciudad, no sé en qué región, donde cayó un día una lluvia tan singular, que perdieron el juicio los habitantes á quienes mojó, que fueron todos, por hallarse en la calle celebrando una gran fiesta. Sólo se salvó uno, que mientras llovió estuvo durmiendo.

Su sorpresa fué grande al salir á la calle y ver á todos haciendo toda clase de locuras. El uno iba vestido estrambóticamente, el otro desnudo; uno escupía al cielo, otro apedreaba á los transeuntes; éste se entretenía en arrojar dardos, aquél en rasgar sus vestiduras; los unos, látigo en mano, fustigaban á cuantos encontraban al piso; los otros se entregaban desaforadamente á danzar y hacer cabriolas, riéndose á carcajadas.

Este, creyéndose rey, se paseaba con cetro, corona y manto; aquél daba saltos, como si fuera salvando zanjas; éstos lloraban, aquellos reían; y mientras unos charlaban inmoderadamente sin saber lo que se decían, otros manteníanse silenciosos en un rincón, huraños y entristecidos.

El que conservaba su juicio se maravillaba de ver todo aquello. Iba mirando á todos lados por ver si tropezaba con algún hombre cabal, pero no veía ninguno. Lo más extraño era, que si él se sorprendía de ver á los otros en tal estado, los demás se asombraban de verle á él juicioso, creyendo que había perdido la razón porque no hacía lo que ellos. Y como cada uno se creía cuerdo, todos le tomaron á él por loco.

Entonces el uno le abofetea; el otro le mata; hasta dar con él en tierra; éste le empuja, aquél le pisa, el otro lo arrastra.

Trata entonces de escapar, pero uno le detiene, otro lo golpea y todos le escupen. Y levantándose y cayendo huye hacia su casa, á la que llega roto, despedazado, maltrecho, cubierto de lodo y de cardenales, pudiéndose librar á duras penas de sus perseguidores.

Y como esto no le ocurrió una sola vez, sino todas aquellas en que salió á la calle, determinó al fin ponerse al diapason de sus convecinos, como si efectivamente le hubiese también pillado el chaparrón, y de este modo pudo vivir tranquilo en adelante.

Du ante los muchos años que llevo trabajando por la venida de la República, he tenido alguna vez la vanidosa

pretensión de compararme con aquel ciudadano que no se mojó el día de la lluvia aquella, al ver la manera que mis coreligionarios tenían de juzgar las apreciaciones que yo hacía acerca de la conducta que seguíamos; pero desde hace algún tiempo, y especialmente ahora, comienzo á sospechar que el único que ha estado siempre en la calle cuando han caído chaparrones de aquella clase, he sido yo.

Por esta razón (si no es una herejía emplear la palabra *razón* al tratar de nuestras *locuras*), pensaba despacio en si debo declararme loco definitivo, para que los cuerdos puedan dedicarse desembarazadamente á traer la República, que está en pie, según todos afirman. Esto tendría para mí varias ventajas, una de ellas la de que podría dedicarme exclusivamente á satisfacer mi antigua *locura* de combatir al clericalismo, *que no existía*, según me dijeron tantas veces algunos de los que ahora ven tan próxima la República.

Sólo un inconveniente tengo para no decidirme á reconocer hoy mismo que el único mojado fui yo; este:

Que las constantes felicitaciones de los republicanos que no piensan en sí mismos, sino en que venga *realmente* la República, me hacen sospechar que acaso no esté yo falto de razón en absoluto.

Pero como esto pudiera ser también efecto de la mojadura, seguiré pensando en si vendría que yo me confundiese con los demás que mangonean, influyen ó dirigen, no sea que, inconscientemente, vaya á impedir, ó retardar por lo menos, la venida de la República; esa que todos ven, menos yo, avanzar majestuosamente, coeada por los armoniosos y regenerado es gritos de: ¡cañallas! ¡ladrones! ¡miserables! ¡bandidos! ¡cobardes! ¡traidores! y otros equivalentes; gritos con que nos piropeamos frenéticos, sin duda para que nadie dude de la alegría y el entusiasmo que sentimos al ver realizado el hermoso ideal á que rendimos culto ardiente y fervoroso durante tantos años y de cuya implantación depende el porvenir de España.

JOSÉ NAKENS

Bancarrota del celibato en España

Sr. D. José Nakens

Querido D. José: «Este cochino diccionario es un fastidio—decía María Biskitseff.—Sólo se hallan en él palabras vulgares: sol, luna, cielo, mar, amor, felicidad... lo que dice cualquiera patán.» Y eso digo yo: que si las palabras han de servir para expresar los sentimientos é ideas, en los estados extraordinarios del alma necesitarían palabras extraordinarias que reflejaran en su propio tono y matiz las sensaciones; y para estos casos, el diccionario vulgar carece de términos, y no hallándolos

adecuados, el alma abandona el lenguaje de la lengua para manifestarse con ese otro idioma de los músculos y de los nervios, inarticulado é inescriturable: risas, llantos, gemidos, temblores, saltos de la carne, fuego de la mirada...

Y así me encuentro yo hablando hace días este idioma y sin poder hallar el otro. Y uno de los sentimientos que con tal lenguaje querría manifestar es el agradecimiento que le debo y profeso por la protección que ha dispensado á mi amor hasta verlo realizado en la forma particularísima que en mi caso ha adquirido.

Porque sí, Sr. Nakens; la fiera Iglesia que en la historia de mi linaje aparece emboscada en las espesuras de las leyes, costumbres y prejuicios para perseguirnos, seducirnos y dañarnos; esa que devoró mi juventud y niñez prostituyen lo mi inocencia é ignorancia á su lujuria de vieja sátira; que hinchó de embustes mi cerebro y llenó de ruindades mi corazón para hacerme *hijo suyo*, á su imagen y semejanza; esa que al verme romper las amarras de su ferocidad, me persiguió á todas partes y en todo momento: en el trabajo, en el honor social y en el crédito moral, que son las vidas integrantes de la vida humana; esa fiera implacable había de acecharme en el camino del amor, asaltándome con todas sus furias para impedirlo; y, no pudiendo impedirlo, para infamarlo con la infamia de las leyes españolas que permiten al desdichado arzobispo de Valencia y á su mesnada insultar á las esposas que no han pagado á la Iglesia el *tributo conyugal*, egiptizándolas á las mancebas y meretrices de papas, obispos, frailes y canónigos, é insultar á los hijos con el título mercedario por los Burjas, Orsinis, Colonnas y Farnesios, que fueron ornato del Vaticano y peste del mundo.

En esta empresa la monstruosa Bruja sacó contra mí la tiranía papal que respondió á mis requisitorias con el *nomino* *leo* del foragido á quien dan rienda suelta para sus fechorías contra las víctimas, los Estados, que le sirven de compadres en la tiranización de la Humanidad. Sacó aquellas leyes públicas y secretamente concordadas con los infaustos políticos que han traído á España al último grado de miseria intelectual, moral y política. Utilizó la inconsciencia humana y la abulia ética de los *eficientistas* y ministros de nuestra nación. Y éstos y aquéllos, Estado é Iglesia, ministros y cardenales, convinieron á la una en que mi amor sería ilegítimo en España, y en que ellos, sin excluir de entre ellos los que fuesen explotadores de la Iglesia, corruptores de la niñez, homosexuales y proxenetas, me obligarían á portar los insultos de sus leyes para mi mujer é hijos, ó á sacrificar mi amor y á tenerme por expulsado del derecho humano ante la honestidad de las leyes de la nación.

En esta situación, evocando los tiempos por venir y las consecuencias más remotas de los hechos presentes, antes de pasar adelante en la consumación de mi amor, hice surgir de mi anhelo los hijos futuros, acreciéndoles en mi fantasía hasta verlos conscientes y capaces de comprenderme, de argüirme y de platicar conmigo. Y en estas pláticas evocatorias y en el seno de esta fa-

milia profética, traté largamente con esos mis hijos ideales sobre mi deber actual de prevenir, defender y afianzar en lo posible su bien y honor futuros y el honor y respeto de su madre. Y en este consejo acordamos que antes de forzarles á entrar en la vida, debía hacerla viable y soportable, repeliendo de antemano los ataques que algún día por mi omisión presente podrían recibir de los insectos, librándoles á ellos del trance de haber de castigar los ultrajes á su madre, apoyados en leyes inmorales y constataos en las partidas de nacimiento.

Con este profundo conocimiento de mi deber, estuqué y emprendí esta campaña silenciosa y dolorosa, reclamando de la Iglesia y del Estado el derecho á la vida y al honor para mis hijos, viéndome unas veces respondido con la rienda del oficinista idiota sobre la conciencia impotente, otras veces con miradas interrogatorias sobre mi cabal uso de razón; y otras, recibiendo seguridades fingidas, promesas falaces y siempre excusas dilatorias. Que haya una iniquidad más, ¿qué importa á España?

En los documentos que le envié hallanse las pruebas instrumentales de este vergonzoso calvario sufrido por un ciudadano español en pleno siglo XX bajo el poder de gobiernos sarcásticamente llamados demócratas y liberales. Ahí, en el expediente y en las cartas que le acompañan, está la prueba de esta defección y cobardía de un Estado que ablica el derecho de soberanía sobre el estado civil legal de sus nacionales, por la más afrentosa de las abdicaciones.

A las risas de unos, al encogimiento de hombros de los otros y á la imbecilidad, iniquidad y cobardía de todos, ahora debo responder adecuadamente, presentándoles la legitimación de mi matrimonio ante las leyes españolas, á pesar de todos los pesares.

Había en la absurda legislación española una rendija ignorada de ministros, diputados y obispos; pero, conocedor de aquel famoso escándalo con que debuto la restauración en el teatro jurídico anulando los matrimonios de clérigos legitimados por el Estado español legitimamente constituido en república, con aquel real decreto que los juristas no acaban de resolver si constituye una iniquidad neroniana ó un caso de vesania soberana: sabiendo que si el Vaticano se apercebía de esta rendija exigiría de los piadosos demócratas que están con él á partir el pión del presupuesto, uno de los taparrujos que sabe leer la intriga romana y la imbecilidad política; por esto hubo de guardar mi secreto para mí, hasta que mi matrimonio quedase irrefragablemente inscripto en los registros de matrimonios legales de España.

Ya está hecho. Por impulso y presión de las mismas leyes vigentes, en las oficinas del ministerio de Gracia y Justicia será registrado mi matrimonio, que no quiso autorizar al ministro, que no se atrevieron á patrocinar los directores generales, y que combatió como ilegítimo en su dictamen el jefe de Negociado. Ya está legalizado: y el certificado de legalización habrá de llevar las firmas de los mismos que lo aprobaron.

Yo le felicito á usted, Sr. Nakens, por

este triunfo que sobre la consagración del celibato como ley de reino me ha ayudado á lograr.

Uno de estos días el Cónsul de España en Perpiñán ha notificado al Director general de Registros la inscripción de mi matrimonio, que ha inaugurado el libro de Registro civil del Vicecónsul de Port-Vendres, para que, en cumplimiento del artículo 70 de la ley del Registro, se inscriba en el libro correspondiente de aquella Dirección y lo mande inscribir en el Registro del Juzgado municipal correspondiente.

¿Qué hará ahora el Vaticano contra esta brecha por la cual ha pasado mi matrimonio y por la cual pueden pasar cien mil? ¿Pretenderá del Estado español que anule con efectos retroactivos aquel artículo 70, y habrá gobiernos capaces de repetir aquella antigua barbaridad?

No es cosa tan fácil. El art. 70 de esta Ley del Registro, trata de un punto de derecho internacional. Para reformarlo católicamente, sería preciso inferir á las naciones extranjeras la ofensa de negar valor legal en España á los matrimonios celebrados con sujeción á las leyes vigentes en los respectivos países, y á este ataque el Extranjero respondería con las represalias.

Reto á los gobiernos monárquicos á que acometan tal intento. Y faltánoles agallas para esto, que la abiera la brecha á los artículos del Código y del Matrimonio civil que prohíben á los profanos y ordenados casarse sin previa dispensa pontificia, y en plena bancarrota el celibato legal en España. Desde ahora queda prácticamente demostrado que no hace falta la Dispensa del Papa, ni la Dispensa del Rey, ni el permiso de los ministros para la legalización civil del matrimonio de las víctimas de la Iglesia.

El celibato ha hecho bancarrota.

S. PEY ORDEIX

Perpiñán, 10 de Enero de 1911.



Ramón Pérez-Costales

Ha muerto en la Coruña este hombre que prestó grandes servicios á la revolución, que fue bueno y sencillo, que desempeñó el cargo de ministro durante la República, y que desde hace nueve ó diez años venía padeciendo una enfermedad cruel que le impedía toda ocupación.

Médico distinguido, prestó desinteresadamente sus servicios á todo necesitado; y por esto, y por sus activas y fervorosas propagandas en pro del ideal republicano, llegó á tener una grande y merecida popularidad.

Reciba su familia el pésame de éste que se honró siendo su amigo y sirviente de consuelo el ver que todos los republicanos toman parte en su dolor.

J. N.

Rafael Pérez del Alamo

Sin grandes cuidados ni afanes exclusivos ejercía en su pueblo, en Loja, la profesión de herrador, cuando el choque con la bárbara realidad, el espectáculo del mal el ver que los derechos políticos eran una vil superchería, llevóle á la acción.

Vehemente, desinteresado, sincero, se dio entero á la causa de los desvalidos, de los vejados, de los explotados, de los oprimidos, haciendo frente al todopoderoso Narváez y vencéndole en ocasiones.

Organizó á los braceros, y cuando aun no se había enriquecido el léxico con la exótica palabra *boycott*, él supo organizarle y practicarle, en forma que elevara el bienestar material de los pobres y les diera alguna independencia política.

El organismo por su actividad creado acrecentó el salario de los braceros y bajó los tipos de arrendamiento de tierras y de casas, y estimando que esto era poco, por la emulación y por la noble y legítima coacción de la dulzura, elevó también la moralidad de los proletarios, infundiéndoles horror á los vicios y defectos que degradan al hombre poniéndole al par de las bestias.

La grosera tiranía dominante en España no veía bien esta elevación y dignificación de una clase y de una comarca, y contra Pérez del Alamo y los suyos empleó todo linaje de violencias, hasta que ellas fueron insostenibles y suscitaron una rebelión.

Vencido Pérez del Alamo y sus hombres, hubo de emigrar, y si regresó á España no pudo mostrarse á la luz del día, casi, casi hasta la batalla de Alcolea en que tomó parte.

Después corrió Andalucía toda al frente de hombres armados en favor de la República, y jamás, ni en la intentona de Loja ó Iznájar, ni en los días de sus cabalgadas por los campos y las ciudades, fueron sus huesos acusados ni aun por la injusticia y la suspicacia del menor desafuero.

Cayó la República y Pérez del Alamo volvió á la oscuridad, no sonando su nombre hasta que Galdós fijara sus gestos en una novela, hasta que la enfermedad le rindiera hace un año, hasta el día de su muerte.

Fué un precursor de las reivindicaciones sociales; fué también un republicano fervoroso aun en los días y en los años en que mordían en su alma el desengaño y la tristeza.

Fué un hombre honrado, un espíritu caballeroso y sin tacha. En 1850 vivía en Loja herrando bestias; en 1911 ha muerto en Arcos ocupado en igual profesión. En 1850, con su trabajo mantenía á los suyos; en 1911, con su trabajo atendía también al sostenimiento de una familia desvalida. ¡Con sólo quererlo, habría podido vivir en el bienestar y en el ocio y morir, no en la penuria y la miseria, sino en la abundancia! ¡Qué lección!

No era el suyo un cerebro privilegiado, ni pudo enriquecerle con una cultura selecta, ni había «brillo» ni siquiera facilidad en su palabra; con todo fué caudillo de muchedumbres. Y lo fué —¡qué enseñanza para discretos!— porque en las horas del peligro y del sacrificio llegó antes que nadie, y en las

horas de la glorificación, de la recompensa personal y de los honores. Pérez del Alamo no llegó ni el último siquiera. Un jornalero sublime de la Revolución, madrugador e incansable los días de trabajo, ausente y perezoso los días de cobrar la soldada. Ejemplo insuperable de austeridad y de valor, de integridad y de honradez, fué asimismo dechado de modestia.

Presentáronle sus enemigos de antaño, aquellos para quien la vida no tuvo sino halagos materiales, comprados al precio de la indignidad, ó los que ocupaban el Poder sin honra y sí con ignominia—como un perturbador, y á sus amigos, sus hermanos, cual hordas de salteadores; vuelve á la tierra sin que nadie sea osado á lanzar sobre su nombre ó el de sus hombres ni la sospecha de una mancha, en tanto que sobre la tumba de sus detractores cayó hace muchos lustros la maldición de la historia y el desprecio de los hombres honrados.

La Revolución de que Pérez del Alamo fué precursor nobilísimo, heraldo glorioso, estallará un día y llenará el mundo con su estruendo. ¡Que sus hombres y sus caudillos sepan, como el herrador de Arcos y de Loja, la gran verdad y el enorme valor de la bella máxima india: «La du zura es más fuerte y más penetrante que el acero!»

Tuvo quien esto escribe el altísimo honor de estrechar la mano del héroe legendario y de partir con él una tarde abrilena, junto á la fragua medio extinta y la bigornia resonante tolo el día callada en aquel crepúsculo involuclable.

Llegaba á nosotros la fragancia del tomillo, del romero, de la alhucema, recreábanse nuestros ojos con la risión de los campos ubérrimos, de los olivares brillando al sol poniente en fulgores de plata y de esmeralda, cuando en el cuadro virgiliano que convidaba á pensar en una vida serena, plácida y abundante irrumpió la muchedumbre de los braceros sordidos y miserables, torvos y callados, multitud de hombres haraposos y escuálidos, de mujeres que en la flor de su vida eran ya mísero guiñapo humano.

—Ni el mal, ni la miseria, ni la iniquidad pueden ser eternos, y estas turbas despertarán algún día imponiendo su derecho á la vida, á la alegría y á la juventud; ¡ojalá tengan conductores que hagan incruenta la instauración de la justicia!

Esta fué la última idea que Pérez del Alamo expresó al narrador y al ilustre hombre de buena voluntad que le acompañaba.

Después nos separamos con honda emoción. Nosotros para seguir en la tarea de mover la tosca pluma en defensa de los oprimidos; Pérez del Alamo para sumergirse en el dolor de contemplar las huestes republicanas raídas de vanidades, miserias y discordias, pero sin perder la fe en lo porvenir.

Algún día cubrirá piadoso el olvido los nombres de los caudillos que no supieron dar el ejemplo al Ideal sin pedirle nada en cambio; y mientras esto ocurra, la historia agigantará la figura de Pérez del Alamo.

El hombre que estrechó su mano una tarde de Abril, que vió como él en el

rojo crepúsculo, no crepúsculo sino alba de un día de justicia y libertad, y que no pensaba como él, descubre emocionado su cabeza, y por una porción de razones que el lector perspicaz adivinará, piensa que precisamente EL MOTIN es el único sitio donde esta demostración está en su lugar.

¡Obreros republicanos: Pérez del Alamo es vuestro por entero! ¡Enorgullosos de haber tenido al lado á semejante hombre y aprended en su limpia historia!

J. J. MORATO

Acción loable

Hallábame cerrando este número, cuando llegó á mí la carta siguiente. Por esto no va en primera plana:

Madrid 22 Enero 1911.

Sr. D. José Nikens.

Mi querido amigo: En el banquete popular que acaba de celebrarse para realizar un acto de adhesión á la minoría radical parlamentaria, he declarado que perdonaba á los enemigos que me maltratan y olvidaba los agravios que me infieren algunos correligionarios.

Para liquidar esta clase de cuentas me falta, sin embargo, resolver la querrela que presenté ante los tribunales—primera y única vez en mi vida!—contra el Sr. San José, vecino de Plasencia. Y no tengo más que un remedio: perdonar también al que tan cruelmente me agravio y retirar la querrela.

No pudiendo dirigirme al Sr. San José recurro á usted, que le conoce, para rogarle que le comunique mi resolución de perdonar el agravio y renunciar á la acción judicial con la que le tengo procesado.

Me descargo de un peso y contraigo con usted otra deuda de gratitud.

Siempre su amigo afectísimo,

A. LERROUX

Felicito á Lerroux por su resolución, y le agradezco que me haya elegido para comunicarle á mi amigo Mariano San José su acción generosa.



Otro que se va

El capellán de la iglesia de San Cristóbal, doctor en teología, D. Miguel Celentano, ha dirigido al arzobispo de Buenos Aires, monseñor Espinosa, una carta que ha caído como una bomba en la República Argentina.

En ese documento, el expadre Celentano hace verdaderas y graves acusaciones contra la curia eclesiástica.

La carta dice así:

«Ilustre monseñor:

Al cumplir con el deber impuesto

por la cortesía, de dar á S. E. mi más sentida gratitud por la benévola acogida que me dispensó el año pasado cuando llegué á esta capital, creo igualmente cumplir con el deber más imperioso de mi conciencia, manifestando á Su Excelencia y al público, que habiendo meditado y aceptado el augusto mandato de mi razón, presento en este acto, el más trascendental de mi vida, el más solemne de mi existencia, mis dimisiones de sacerdote y de capellán de la iglesia de San Cristóbal, en donde hasta hoy he desempeñado mi cargo con amplias licencias renovadas últimamente y firma las por el vicario doctor Perazzo, y de igual modo el decreto de aceptación.

Si en la época de mi vida, cuando no tenía la libertad de que carecen los niños para elegir libremente su carrera, se me impuso la que hasta hoy he seguido, ahora que la reflexión prevalece y que la experiencia me ha demostrado que la Iglesia Papal no puede en manera alguna ser la continuadora de la sencilla y sublime religión establecida por Jesús, declaro públicamente, inspirándome en los dictados sacrosantos de mi conciencia y de mi razón, que apostato del catolicismo romano, porque estoy profundamente convencido que lejos de ser ésta una religión, es un conglomerado de hombres prevaricadores, sedientos de dominación y de ambiciones que rechazan los principios más elementales de la moral.

Ilustre monseñor: Mi convencimiento va to avía más allá, y he llegado á comprender que la Iglesia, en su verdadero y real carácter de manantial fecundo de hipocresías, es, lo digo con toda la serenidad que reclaman las verdades de esta magnitud, la causante principal del desastre moral porque atraviesa la sociedad humana.

Uno de los gémenes fecundos de tanta inmoralidad, es por cierto el confesionario, y á esto se debe que en los templos, mezclados con los ecos de la oración de las almas sencillas, resuene también el brutal desenfreno de la concupiscencia de hombres y mujeres, que para la mayor impunidad de sus abominables acciones, buscan de cubrirse con el manto del misticismo y de la falsa piedad.

Y de tal manera se ha hecho motivo de grangería cuanto se relaciona con la Iglesia, que públicamente se ejerce la simonía por uno de los vicarios de S. E., quien en amigable consorcio con sacerdotes delincuentes, ha realizado con gran éxito lo que se podría denominar el monopolio de las misas.

Termino, ilustre monseñor, casi agobiado por tanta enormidad como he podido presenciar en el corto tiempo que estoy en este país, todo lo cual, si me propusiera escribirlo para que sepan los creyentes que el cristianismo está fuera de la Iglesia, me demandaría un tiempo y un esfuerzo que quiero dedicar á tareas que dignifican más la condición del hombre que reputa las hipocresías y la simulación como fundamento de su vida.

Sírvase S. E. Ilma. aceptar mis respetos y disponer se me entreguen mis documentos guardados en esa Curia.—Miguel Celentano, doctor en la Facultad de Teología.

En otro número comentaremos esa

carta, que viene á confirmarnos en la idea de que la Iglesia católica está en descomposición.

En éste nos limitamos á felicitar á ese cura, honrado al par de valiente, que ha recobrado su dignidad de hombre por no seguir siendo cómplice de las infamias del clero.

Y á recomendar á los librepensadores de la Argentina que le apoyen y lo consideren, para que encuentre entre nosotros lo que no halló en la Iglesia: medios de hacer la vida verdadera del hombre honrado la vida del trabajo y la dignidad.

¡Blasfemo!

Lo es el periódico *El Salmantino*, al escribir lo siguiente:

«S: no hubiera salido...

Sabemos que el autor de las hojas diabólicas que ciertos osados y desalmados distribuyeron á la salida de los templos, no es otro que el director de *El Morín*.

La opinión ya le conoce, y por consiguiente, nos relevamos de hacer su presentación.

Si diremos que una celda de la Cárcel Modelo estuvo ocupada mucho tiempo por una persona que el señor Nakens conoce muchísimo.

Si de esa no hubiera salido, ese caballero no continuaría esterilizándose sus diatribas contra nuestra sacrosanta religión, y no se hubiera promovido á la puerta de la iglesia de Tarrasa un mayúsculo escándalo por la repartición de esas hojitas.»

¡Blasfemo! ¡Blasfemo! ¡Blasfemo!...

Cuando el señor de Cielo, Tierra y Cárceles dispuso que saliera yo de la Modelo de Madrid, fué porque, en su divina presciencia, comprendió que hacía falta publicar esas *Hojitas* para atajar las procacidades, atropellos y delitos del clero.

Y tú, al pensar que no debí salir de ella, blasfemas contra el Supremo Hacedor, sin cuya voluntad no se mueve ni la hoja del árbol ni hubiera salido yo de chirón.

Vete á la iglesia y confiesa

que has dicho una tontería.

¿Tontería? ¡Una blasfemia!

No soy de esta tierra,
ni en ella nasí;
no quisiera donde hay tanto cura
nasé ni morí.

Desde Canarias

Los jóvenes esposos Miguel Marcial y Francisca García, acompañados de una niña de once años, hija de su convecino Juan Vega, salieron en busca de leña el día 7 del corriente á un campo inmediato á los Llanos de Telde (Gran Canaria), en donde son vecinos.

Al empezar el acopio de leña, separáronse los jóvenes esposos en opuestas direcciones, quedando la niña María Ve-

ga cerca del sitio que recorría Miguel Marcial. Aprovechando éste la soledad del sitio en que se hallaba abalanzóse sobre la niña, violándola con tal furor, que aún sufre la inocente las fatales consecuencias de tan salvaje acometida.

El héroe de esta hazaña, como la gran mayoría de los católicos vecinos de los Llanos de Telde, no sabe leer ni escribir; pero en cambio sabe rezar, oír misa y cumplir con los deberes de todo buen católico.

Según asegura la Iglesia, Dios se halla en todas partes: todo lo penetra: todo lo ve.... ¡Y vió sin indignarse el brutal ejercicio carnal ejecutado con una niña de once años mal cumplidos!

O yo soy incapaz de comprender los altos designios de la divina Providencia, ó el cura de los Llanos de Telde (como todos los de las islas) miente descaradamente al afirmar que Dios está en todas partes.

Porque si estaba en el sitio donde ese creyente en la única religión verdadera cometió aquel crimen, y no lo impidió, habría que juzgarlo mal.

Preferlo, por consiguiente, negar su existencia á dudar de su justicia.

El correspondiente.

Las Palmas

¡Míhaya mi sueño
que tanto he dormido!
y es que en este templo se echan unas sisitas
que duran un siglo.



Pérez de Ayala y los jesuitas

Porque algo debía decir aquí de ella, y porque muy particularmente me interesaba, he leído atenta y detenidamente la novela de D. Ramón Pérez de Ayala, *A. M. D. G. (Ad maiorem Dei gloriam)*, vida en los colegios de jesuitas.

Mucho esperaba del autor; más de lo previsto he hallado con placer sumo en su libro. Franca y decididamente lo declaro: es hermoso, magnífico, porque presenta la verdad como ella es, y esto lo hace con arte de novelador y con galana dicción de castizo literato.

Enormes dificultades lleva consigo escribir un libro sobre ó contra los jesuitas. Siempre que alguno me ha manifestado propósitos de emprender obra semejante, de esta, buen amigo, le he dicho, por muy bien informado y documentado que se encuentre; va á perder el tiempo y á dar una en el clavo y otra en la herradura de los buenos padres.

Es que no basta conocer su historia y lo mucho que contra ellos y á su favor se ha escrito; ni haber tratado á algunos de ellos ó de sus devotos discípulos, subordinados ó víctimas; tampoco, aunque de mucho sirve, ser perito en eclesiásticas disciplinas, teólogo, canonista, ver-ado en historia de la Iglesia; no; para bien escribir de ellos hay que haberlos vivido, por supuesto, en pleno goce del don de excelente observador analítico y á la vez sintético, reservado, no sé si

por desgracia ó por fortuna, á muy pocos mortales.

Aquel de mis profesores, á quien puedo llamar por excelencia mi maestro, pues que lo fué del intelecto, del gusto y del corazón, y me inició y mantuvo gratamente por muchos años en el campo del saber, habíase educado como interno en el colegio de jesuitas de Madrid, llamado Imperial, de donde salió con extensa cultura, hoy imposible en colegio ignaciano alguno, y con un odio mortal hacia los reverendos padres, sus maestros.

Yo le oía extraordinariamente interesado hablar de ellos con serenidad perfecta é implacable; y una vez hubo de decirle:

—Usted por fuerza vió allí ó supo con absoluta certeza una ó varias atrocidades.

—¿Ver? ¿Saber? ¡Quita allá, hijo! Si serían redomadísimos canallas, los muy perros, que en ocho años de vivir con ellos, ojo avizor más de seis, no pude cogerlos en una deficiencia notable; ni yo ni otros más despiertos. Y la cosa es clara—prosiguió—cuando somos hombres, buenos ó malos ó medianos, pero hombres con todas sus consecuencias, y convivimos por algún tiempo, no tardamos en hacer patentes nuestras prendas y nuestros defectos. Seguramente que tú ya conoces bastantes de los míos; yo de los tuyos, no pocos; es natural; no somos unos viles y empedernidos hipócritas sin entrañas, deformados, erizados, inaccesibles, actores constantemente en escena; diestro en el disimulo más detallista que comprime hasta las inflexiones del rostro. ¡Miserables! Así eran. Pero andando el tiempo a guiso dejó la Compañía, lo traté, y ya verás, ya verás lo bueno.

Lo bueno eran varios crímenes cuya memoria conservaré toda mi vida. Decían que no hay secretos en la Compañía; vaya si los hay, pero...

Cuéntase de un jesuita que á los diez años de serlo pasó á la Orden carmelitana (convento de San José de Madrid), donde gran parte de los frailes le mareaban con peticiones de que les revelara secretos que sin duda conocía. Ya estaba seguro, era profeso carmelita y la venganza de los ignacianos no podía alcanzarle; además, allí, en el convento, quedaría todo bajo reserva.

Pero el exjesuita juraba y perjura que ningún misterio llegó jamás á su noticia. El se había salido porque le probaba mal aquello. No le creían á instáncias de continuo, hasta que un padre carmelita de los gordos les dijo:

—¡Mastuerzos! En vano molestáis á ese hombre. ¿Cómo ha de revelar secretos si no los supo nunca? De conocerlos, tales como los imagináis, ¿creéis que le habrían dejado venir hasta aquí? No era de los pocos iniciados; éstos no salen de la Compañía en su vida.

El buen fraile sabía lo que se decía; sin duda estaba al tanto del verdadero misterio jesuita.

Por su parte, mi maestro, siendo todo un sabio, provisto de ciencia vasta y de buenos materiales, amén de su espíritu observador, no hubiera podido escribir una novela como esta de Pérez de Ayala, y con decirlo yo aquí hago su más acabado panegírico. Ello demuestra lo mucho que los jesuitas españoles han decaído. Indudablemente, la experiencia me lo ha enseñado; los de hoy no se parecen á los de ayer; ni á su sombra.

Los que educaron á la gen ración de mi maestro, eran por lo regular más cultos, más distinguidos y refinados; más profanos y aun liberales, digámoslo así, que estos bo-doques de ahora. Subsistía el espíritu clásico y Renacimiento, que produjo á los Eximios, los Arteaga, Masden, Papebrochio y tantos otros, realmente eximios. Entre ellos, un alumno como Pérez de Ayala no habría sacado tanta materia utilizable para un libro como entre los vulgarotes y ordinariamente achaparrados del presente: el padre Mir no desmentiría esta mi afirmación: que no resta mérito á la labor de Ayala, pero explica el que sea hacedero.

In illo tempore, entre jesuitas la excepción

era el mamarracho; *nostris debus*, la excepción es el hombre de altura: he ahí el progreso que ha producido a la Compañía su caecreado sistema. Y, ¡cosa increíble!, ahora es cuando alcanza el dominio con que soñara; hoy es la dueña del catolicismo y del Papado; es la Iglesia, lo es todo, cuando no vale casi nada. El fenómeno éste demuestra a la perfección la ruina incipiente y rápida del catolicismo.

Ni una palabra de las que van escritas hay en la novela que las motiva, y, sin embargo, su fondo allí está vivo y sangrando. Ni tengo espacio para reseñarlo, ni sería conveniente. Al que aún no haya leído ese libro, le basta saber que en él se halla pintada, con trazos de una exactitud no lograda por Mirbeau y que sólo podría esperarse de un Zola, no solamente la vida del alumno en los colegios de jesuitas, sino la de éstos y el alma de la Compañía toda.

Allí aparece su interior, vulgarísima y asquerosa miseria, su inferioridad sucia, su pequeñez despreciable, con sus atavismos tozudos, sus degeneraciones, sus vanos orgullos, sus falsas victorias y efectivas derrotas que le hace sufrir el espíritu humano. Se ve el sistema perverso, y a la vez idiota, de vida y de enseñanza; lo pobre y arcaico de los medios, lo ruin de los recursos, que entre neocíos pasan por alambicada y sutil política, y lo nulo, pero eminentemente inmoral, del fruto que la Compañía puede dar: su cacareada grandeza y superioridad? Pura leyenda.

Todos los tipos de la comunidad jesuita de Gijón, pues ésta es la retratada, resultan absolutamente reales; ni uno hay recargado o debilitado; son así y por ellos se puede juzgar todo el instituto; no producen otros al presente.

Y tales como han venido a quedar, peso al orgulloso dicho del majadero de San Ignacio: *Sint ut sint, aut non sint*, por fuerza en su santa casa debía encontrar y retratar luego Ayala de mano maestra su inmensa bellaquería, acompañada lógicamente de los óptimos frutos naturales: la reconcentrada lujuria; la carencia de toda caridad y humanitarismo; la ignorancia, la sordidez egoísta, la asquerosa e inevitable sodomía católica, flor muy cultivada en los jardines de la Iglesia de Roma, donde nunca falta, llámense conventos, seminarios, sacristías, hermandades de Luises o Kostkas, residencias ó lo que fueren.

De este libro se ha dicho que será muy discutido y producirá a los jesuitas incalculable detrimento.

Lo niego en redondo. No será discutido, aunque haya, como acabo de saber, quien tenga el laudable pensamiento de hacerle tema de una conferencia de Ateneo; ni causará a los padres el menor perjuicio.

La discusión se hace imposible siendo jesuita el mundo oficial español, la monarquía, y por necesidad, amable con el jesuitismo la Prensa monárquica de gran circulación; la radical dirá lo que debe, la ultramontana... *silentium facite*, como sucedió con el bello, contundente e inimitable *Barrido* del jesuita Mir, hoy olvidado por desgracia.

Y no hará daño a los ignacianos, porque contra éstos no hay otra arma que ó un Carlos III ó una revolución, y bien hecha, que de serlo a medias, los jesuitas pierden poco ó nada: la fuerza, la fuerza...

¡Libros! El padre Mora me lo dijo y mi maestro me lo había asegurado: esos libros los leen los que no son ni serán jamás ovejas lanudas y esquilables del jesuita; estas ovejas no los leen, y si les leyera, serviríanles para más aferrarse a su condición cordelil: tienen los ojos para no ver, y los que ven no creen en el jesuita, ni a él, por lo tanto le importa un comino de su aversión.

Tengo a la vista parte de la prolija bibliografía antijesuita en latín, en francés, en castellano, etc., que viene produciéndose desde principios del siglo XVII. Notables son unas treinta y cinco obras, como las del jesuita Mañana; la de nuestro Rdríguez, *Misterios de los jesuitas*; la del arzobispo de Burgos: la del jesuita Luchofer, *Manarquia de los Solprios*; la *Instrucción a los principis*, sobre la política de los jesuitas (1768, Madrid); el

Jesuita exenteratus (1684); el *Jesuita*, del gran Gioberti; *El Elixir jesuiticum*, de Colet; *El Tizón de la Compañía*... Ahí están todas en el Índice romano muertas de risa, y los jesuitas, vivos y triunfantes.

Cada libro evidenciado en su tiempo contra los jesuitas más que éste de Ayala hoy, y pasó por maza de Fraga ó arma mortal contra ellos. Se les combatió en todos los terrenos y bien; se les ha probado ser herejes, falsos, ladrones, asesinos, inmorales, impíos, anarquistas, grandes corruptores de la sociedad, lo que se llama demostrarlo, hacerlo tangible; hay documentos decisivos, aplastantes. Como si no, mientras existan monarquías devotas que crean al ignaciano un auxiliar potente.

Los jesuitas han venido al mundo para los ricos necios; en tanto los haya y falten estadistas que los sometan por la fuerza a pasarse sin ellos, los jesuitas vivirán dominadores: ni el Papado lograría extinguirlos. Dad el libro de Ayala al alfonsino mas incrédulo y padre de familia: se enterará, se convencerá de que los jesuitas corrompen, atrofia y matan el alma y el corazón de sus alumnos, y... en teniendo edad su hijito mayor lo entregará a los buenos padres, porque eso viste y congracia con la restauración; esta, por su parte, dirá, leída la novela; así me conviene que sean.

Consuélese Pérez de Ayala con habernos dado un hermoso libro a los que no comulgamos con los jesuitas, y a la literatura unas páginas admirablemente escritas, que por obra de los monárquicos tardarán poco en caer en el olvido: ¡cuánto desearía equivocarme!

JOSÉ FERRÁNDIZ

Er yunque y martiyo
rompen los metales,
y la cabeza rompen los sermones
de los parrocaes.



Desde Tarrasa

El día 8 del corriente, un grupo de jóvenes radicales se dedicó a la civilizadora tarea de repartir *Hojitas Piadosas* a la puerta de la iglesia de esta población.

Acercóse a uno de ellos un carca, le tomó una Hoja, la rompió y arrojósele a la cara; el joven, sin inmutarse, le ofreció otra con mucha finura, diciéndole que la rompiera, ya que tan valiente se sentía, y que entonces se dedicaría él y sus camaradas a repartir puñetazos en vez de Hojitas. El carca escurreó prudentemente el bulto, por lo que pudiera tronar.

Entretanto otros émulos del asesino Saballs accorralaron a un jovencito de los que repartían Hojas, y el jefe del carlismo, un tal Parés, apodado *Pido la peseta*, concejal, le dió furiosamente unos cuantos bastonazos.

Ver esto los compañeros del joven y liarse a puñetazos y puntapiés con aquella morralla asquerosa, fué todo uno. ¡Y cómo corrían los malditos! Ni su antiguo rey en Oroquieta.

El cobarde apaleador del joven se hizo acompañar por la Guardia civil al retirarse a su casa, visitando antes a su padre espiritual, el director de los Escolapios.

Siempre obran así; valientes cuando nadie les hace cara, huyen como liebres en cuanto cualquiera se opone a sus desafueros.

Por lo demás, y ya que les escuecen tanto las *Hojitas piadosas*, les prometemos que las encontrarán hasta en la sopa, mejor dicho, hasta en el pienso.

¿De dónde han sacado que ellos tienen derecho a embrutecernos repartiendo Hojas llenas de imbecilidades, y a nosotros no nos asiste el de domesticarlos, poniendo en sus manos esas tan imparciales como civilizadoras?

Seguiremos repartiéndolas, aun cuando comprendamos que es empresa muy difícil la de desanar a la estúpida grey clericalasca.

VARIOS RADICALES

Alcaldadas y sacerdotadas

Murieron dos ancianas en Prado de Rey, y sus hijo y deudos acordaron enterrarlas civilmente.

El alcalde dijo que, estando bautizadas y habiéndose casado canónicamente, el cura se oponía a tal entierro.

Corrió la noticia de la negativa y los republicanos se retiraron a sus casas; y a pesar de esto, el alcalde, apenas comenzaron a doblar las campanas, hizo ocupar por la guardia civil las calles por donde debían pasar los cadáveres.

Días después, el 3 del actual, murió en el mismo pueblo el librepensador Sr. Vázquez, y también resultaron inútiles cuantos esfuerzos realizaron sus hermaneros para enterrarlo por lo civil.

Y me preguntan varios amigos de aquel pueblo qué deben hacer, si protestar erérgicamente, ó doblar la cerviz.

A lo que les contesto:

Aguarden ustedes pacientemente (aunque sea rabiando) a que los diputados cumplan con su deber en el Congreso, alzando su voz contra estos atropellos y salvajadas.

Que quizás no lo hagan, entretenidos en la revolucionaria ocupación de desautorizarse mutuamente en presencia del enemigo.

El pastel de lenguas

Satán estaba acostado en su cama de flamígeros cortinajes. Los médicos y boticarios del infierno, como le hallaban blanca la lengua, dedujeron que estaba enfermo de debilidad de estómago, y prescribiéronle una alimentación que fuese a la vez nutritiva y ligera.

Declaró Satanás que no sentía apetito sino por cierto alimento terrestre, que de excelente modo preparan las mujeres: un pastel de lenguas.

Los médicos estuvieron acordes en que nada mejor que eso podía convenir al estómago del rey, y al cabo de una

hora Satanás fué servido; pero encontró el pastel insulso y sin sabor ninguno.

Llamó al cocinero mayor, y preguntóle de dónde habían traído el famoso plato.

—De París, sire. Está recién hecho; fué cocido esta mañana por una docena de comarres en la alcoba de una recién parida.

—Ahora me explico por qué está insípido, repuso el príncipe de los infernos. No lo habéis traído de donde lo preparan bien; las burguesas lo hacen como pueden, pero les falta finura y genio: las mujeres del pueblo lo hacen peor todavía. Para tener un buen pastel de lenguas, es preciso ir á buscarlo á un convento de monjas. No hay como las religiosas viejas para saber ponerle todos los ingredientes necesarios: especia de rencor, tomillo de maledicencia, hinojo de insinuaciones, y laurel de calumnia.

ANATOLE FRANCE

Una tarde á San Pedro
dijo Cristó:

—Cuidado con los curas;
ojo, Perico.

Y él le responde:

—Reventaré al primero
que aquí se asome.

Desde Molina de Aragón

El día doce del actual falleció en esta ciudad el niño de seis años José Guillén, hijo del conserje del Castillo, don Melitón Guillén.

Como corría el rumor de haber muerto á consecuencia de una terrible caía que le dió un P. escolapio, he procurado indagar, preguntando á los niños compañeros de escuela, los que han confirmado que, después de tirarlo al suelo de una bofetada, le dió una terrible patada en el costado, de cuyas consecuencias se cree que ha muerto.

Ayer pude hablar con el padre de la infeliz criatura y me dijo, «que hace poco más de un mes fué su niño quejándose de que el cura le había pegado y le había roto un hueso y que desde cuyo día data su enfermedad.» Que en el delirio de la enfermedad se le presentaba el cura, y pedía á grandes voces que se lo quitaran, que lo mataba, y que después de muerto, aún se le conocía una gran moradura, y que ellos no achacaban á otra cosa la muerte.

A pesar de todo esto, el médico certificó la muerte por otra enfermedad. El Juzgado de instrucción entiende en el asunto, pero me temo que el dignísimo Juez de ésta no pueda sacar nada en limpio, porque los escolapios han desplegado sus habilidades para que los niños no digan la verdad.

La opinión está en lignadísima y espera que se nombre un médico de fuera de la localidad para la autopsia.

EL CORRESPONSAL

Después de escrita ésta he visto al Rector de los Escolapios entrar solo en la casa del médico que asistió al niño (á las once de la mañana del 19) y como siempre van en pareja, me ha llamado la atención.

Calendario del obrero para 1911

Aún quedan algunos ejemplares de este librito, que cada año tiene mejor acogida.

Como siempre se agotó la edición y quedaron pedidos sin servir, este año se elevó considerablemente la tirada.

Véndese á 15 céntimos el ejemplar, y á 10 desde diez ejemplares.

Los pedidos á su autor, J. J. Morato, Carlos Latorre, 17 (Cuatro Caminos), Madrid.



Una indicación

Pérez del Alamo, en tiempos mantuvo correspondencia con Macini, con Garibaldi, con Víctor Hugo y con los grandes hombres de la Democracia española.

Es seguro que guardaba estas cartas; ¿no habría medio de evitar que se perdieran?

De puerta en puerta un pobre
coje más cuartos,
que quedándose en una
siempre parado.
Pero á la inversa,
más coje el cura estando
siempre en la iglesia.

Escándalo en el Vaticano

A Su Eminencia el cardenal Merry del Val le tengo pronosticado hace tiempo un terrible ba'cazò si no adopta una resolución enérgica con la gente que le rodea. Aún no se han extinguído las murmuraciones en Roma de aquel camarero suyo que entraba á saco con todo lo bueno que hallaba en el Vaticano, aun con los objetos de arte que adornaban la cámara pontificia, seguro de la impunidad por la protección singularísima que Mer y le prestaba, y ahora vuelve á surgir otro escándalo, que ha engendrado un proceso ruidoso por el que de flirarán á las personalidades de la corte pontificia, entre las cuales podemos contar desde luego al cardenal Merry del Val, secretario de Estado de Pío X; monseñor Canali, secretario de asuntos eclesiásticos extraordinarios; monseñor Bisleti, marcardomo de Pío X, el barón Schonberg y los camareros secretos del Papa, señores marqueses Emanuele Maz y Fernando del Fierro.

El marqués Mac, buen tipo, elegante, de 38 años, nacido en París y súbito

inglés, fué durante varios años camarero secreto de Pío X y grande amigo del cardenal Merry, amistad que no se enfrió aunque el marqués tuvo un duelo en París por razones no más, duelo por el cual incurrió en la excomunión decretada por Benedicto XIV, todo lo cual no fué obstáculo para que el año pasado él y su madre fueran recibidos en audiencia por el Papa merced á las gestiones de Merry. El marqués Mac, que se había casado con una señora italiana, Stella C. valcani, se había separado de ella hacía algún tiempo, separación que fué muy comentada en Roma y dio lugar á muchas habillitas, fruto de las cuales fué una serie de cartas anónimas que recibió el marqués desde Enero de 1909 á Abril de 1910, en las que lo acusaban de homosexualismo. El 26 de Enero de 1909 recibió por correo una carta con el timbre del bar Anglo-Americano de Roma en la que se decía que el 17 de Abril de 1835 había sido condenado por el tribunal del Sena por ataques á la moral; que vivía á costa de los amantes de su mujer; que sería expulsado del Vaticano, á pesar de su íntima amistad con el cardenal Merry y monseñor Canali. El marqués se apresuró á dar cuenta de esta carta á Merry, el cual le dijo que él también había recibido otra igual con timbre del Hotel Marini. A estas cartas siguieron otras contra el marqués y su padre y contra su mujer Stella, todas ellas adornadas con dibujos obscenos; el cardenal Merry también recibía anónimos en los que se le acusaba de sostener relaciones vergonzosas con el marqués Mac y el barón Schonberg. El 26 de Abril de 1910, estando de paso el marqués Mac en el Grand Hotel, recibió una postal donde se renovaban las acusaciones, y el 23 de Diciembre otra en la que también se acusaba de las mismas inclinaciones á monseñor Orelli, prelado doméstico de Pío X.

El marqués Mac, agotada ya la paciencia, ha presentado querrela ante los tribunales contra el marqués Fernando del Fierro, nacido en Durango (Méjico), camarero secreto del Papa, y contra el señor Frassoni, empleado en el archivo secreto del Vaticano. Parece ser que entre éstos dos marqueses existía una rivalidad, un odio feroz, por residir al de dos mujeres que se disputaban un mismo amante; ante el juez ha dicho Mac que del Fierro le tenía gran aversión por haber sido causa de que expulsaran de la corte pontificia á un amigo suyo, que la letra de las cartas anónimas era igual á la del Fierro y que todos los errores ortográficos contenidos en las cartas eran específicos de un español y de la lengua española. Y, en efecto, los peritos calígrafos han dictaminado que la letra es del Fierro. Esto niega lo de las cartas, aunque reconoce que profesa una profunda antipatía al marqués Mac, el cual—dijo—me odia por celos.

Según las indagaciones practicadas, aunque se reconoce que el marqués del Fierro es persona repetida, se sabe que frecuenta mucho la amistad de personas sospechosas, y su amigo el conde Frassoni se ha prevalido de su cualidad de ministro plenipotenciario y enviado especial del Uruguay cerca del Vaticano para no declarar.

El barón Rodolfo Kanzler ha declarado que en los Círculos diplomáticos

era ya sabida la conducta de la esposa Mac, las inclinaciones de éste y del marqués del Fierro, entre los cuales existía una rivalidad que hacía sonreír á los hombres sensatos, que en todas estas cosas andaban mezclados altos prelados del Vaticano, en el cual se susurraba la existencia de una especie de *Tabla redonda*, como la que rodeó hace algún tiempo al emperador de Alemania.

Todas estas declaraciones han causado un efecto enorme en toda Italia, y de un modo especial en Roma, y se van conociendo nuevos datos y noticias. El marqués Mac, que ha promovido este proceso, fué presentado á León XIII por el cardenal Lenocowsky; no se sabía nada de sus antecedentes, pero era millonario y esta cualidad le abrió todas las puertas del Vaticano y sus honores. Empezó á colaborar en el *Cosmos Católico* y llegó á tener gran influencia con León XIII, el cual le nombró marqués, camarero secreto y era siempre el portador de las birretas cardenales al extranjero. El joven marqués, mimado por todos en el Vaticano, se casó con la señora Stella. Por entonces apareció en el Vaticano el marqués del Fierro, proveniente de Méjico, y en seguida comenzó una lucha y una guerra intestina entre los dos camareros secretos, y de aquí nacieron los anónimos y las acusaciones contra Mac y su esposa, la cual fué un día sorprendida por su esposo en íntimo coloquio con el conserjero de la Legación portuguesa cerca del Vaticano. Mac se bató con él y se separó de su esposa. Pero el del Fierro no se daba por vencido y, llevando muy mal la preferencia que el cardenal Merry tenía por el marqués Mac, continuó desacreditándolo todo lo que pudo. El cardenal Merry ha puesto de su parte todo cuanto ha podido para evitar que el ofendido marqués llevara á los tribunales su querrela, temeroso del escándalo que había de estallar y de las revelaciones que á este seguirían; pero Mac no ha querido acceder á sus deseos y el escándalo ha sido un hecho. Por cierto que este señor, despreciando las leyes canónicas y declarando su divorcio con la Stella, ha pasado á segundas nupcias, con el fin de poner coto á las murmuraciones.

—¡Últimamente—ha dicho el del Fierro,—porque todo el mundo sabe que el homosexualismo es compatible con el matrimonio. Precisamente todos los que componían la *Tabla redonda* del emperador de Alemania eran casados y con numerosos hijos.

La vista de este proceso se verá en Roma el mes próximo y de lo que allí se diga tendré al corriente á mis lectores. El del Fierro ha dicho que allí declarará el nombre del autor de las cartas anónimas, que es un ex camarero secreto del Papa, bien conocido en Roma, el cual hará revelaciones sensacionales acerca de la inmoralidad que se oculta bajo los esplendores del Vaticano.

El *Osservatore Romano* ha publicado una nota diciendo que estaba autorizado para declarar que al señor Emanuele Mac le quedaban anulados todos los honores concedidos por el Vaticano, contenidos en diversos breves apostólicos, cuyas fechas cita, y de un modo especial el título de caballero de la Orden de San Gregorio el Magno, la en-

comienda de la Orden Pizana y el marquésado hereditario.

Todas estas cosas las recibe la opinión en Italia con alegres comentarios y se frota las manos, telamiéndose con los trapos sucios que saldrán á la luz en este proceso.

Así es la Iglesia, toda virtud, santidad, y pureza, y así son sus hombres, sus grandes figuras, los que manejan su timón. ¡Habrá que ver la cara que pondrá el Padre San!ol

FRAY GERUNDIO



Uno como todos

Dijo el cura de Tabernes de Valldigna á los vecinos, que el Papa había dispuesto, como es verdad, que ahora comulgasen los niños desde los siete años, y los invitó á que pagasen una misa solemnemente el día que estrenaran el sacramento.

Algunos se negaron á contribuir, porque no podían, y entonces dispuso el cura de les la comunión en dos tandas, y decir dos misas, una de inferior calidad y otra de ringorrango, para que los niños pobres comenzaran á enterarse de que la Santa Madre Iglesia ama por igual á todos.

La de los niños pobres fué misa ordinaria, y se dijo muy temprano con el objeto de que aprovecharan bien el frío de la mañana; y la de los ricos se dijo á las once, con cante y demás adornos, y banquete después en un colegio de monjas.

Como ese cura no ha hecho, en suma, otra cosa que seguir el ejemplo que le dan, desde el Papa abajo, todos los que tienen autoridad en la Iglesia, no merece ningún reproche, antes al contrario, merece ser elogiado, y por esto yo le digo solamente:

«Bien haya quien á los suyos se parece.»

Mi ardo al firmamento
dijo una niña:

—Los gustos de este mundo
vienen de arriba;
y dijo un *grajo*:

—Unos vienen de arriba
y otros de abajo.

Tal para cuales

Transitaba por una calle céntrica de Jerez de la Frontera un carro que conducía el cadáver de un f... de un mulo. (¡Por poco no digo de un fraile, anticipándome á los sucesos!) Porque donde los frailes iban, era detrás; dos, como dos soles.

Un chusco de los que abundan en

aquella tierra, dijo á un amigo que llevaba al lado:

—¡La comunidad está de luto! ¡Cuanto triste van haciendo el duelo!

Al oír esto los frailes, se miran el uno al otro, cavan después los ojos en el gracioso impertinente, y lanzan un resusponso comprimido, que demuestra cuánto les ha dolido la *puya*. Pero se apartan del mulo, para que nadie más suponga que formaban parte del fúnebre cortejo.

No me atrevería á sostener que el chusco dió muestras de una educación esmerada al decir lo que dijo, más tampoco á aventurar la idea de que los frailes me ezein ser tratados de otro modo.

Por lo tanto, me coloco en el justo medio y me contento con decir:

Tal para cuales.

La educanda de monjas
es como el libro
que se compra por nuevo
y está leído.
¡Buenas lecturas
hacen en esos tomos
los padres curas!

La Marquesa del Ciprés

Comedia en un acto y en prosa,

POR

Francisco I. Socasaus

Obra de propaganda anticlerical y social, admirablemente pensada y sentida, y muy á propósito para ser representada. Precio.—Una peseta.

Se vende en esta administración.

A la Audiencia llevaron
dos sacerdotes,
acusados de abusos
y vicios torpes,
y cuando entraron,
se arrimaron al muro
los magistrados.

LIBRO NUEVO Espejo moral de clérigos

para que los malos se espanten
y los buenos perseveren,

O SEA

RECOPILACION ESCOGIDA

DE LOS CÉLEBR Y ODICRÍFICOS

Manojos de flores místicas

PUBLICADOS EN "EL MOTÍN"

POR

JOSÉ NAKENS

UNA PESETA

COSAS QUE HE DICHO

Una señora, D.^a Belén Sárraga, recorrer varias poblaciones de España invitada por republicanos y librepensadores para que celebre veladas ó mítins.

Nada tengo que decirle á ella: la llaman, va, pronuncia su discurso y sale para otro punto.

Pero á ellos, á los que la llaman, sí les digo:

«¿No os avergonzáis de que tenga que ir una mujer a llenar deberes vuestros? ¿Tan flojos andáis de voluntad y tan desmalazados de energía, que encomendáis á una hembra el cuidado de remediar lo que no supisteis impedir?»

«¿Qué hombres sois, ni qué republicanos, ni que librepensadores, cuando buscáis en las palabras de una mujer lo que debería sobraros, si realmente tuviérais ideas y convicciones?»

«Y si al menos, después de haber llamado y escuchado á esa señora, hiciésteis algo que respondiera á los aplausos que le prodigáis!»

«Pero no; todo continúa lo mismo después que esa señora se va. Como republicanos, continuáis dividido; como librepensadores, vais á mi a, os casáis por la Iglesia y bautizáis vuestros hijos; y como hombres no se os tiñe de rubor el rostro al recordar que la presencia de esa mujer en vuestras localidades acusa vuestra impotencia.»

¡Desdichado país, donde nos hemos puesto al mismo diapasón de cobardía ó indiferencia, monárquicos, republicanos, aristocrata, clase media, pueblo!... Todos menos el enemigo, que no duerme ni descansa jamás: el clericalismo.

Así ha logrado apoderarse de todo, hasta del ánimo de los más avarizados, esos que necesitan ya oír la voz de una mujer para sentir un ligero y fugaz sacudimiento revolucionario.—1899.

El cardenal Monescillo, hablando de la guerra de Cuba:

«En vez de lutos, rogativas y penitencias, se entregan las gentes á la disipación, al lujo y á entretenimientos que escandalizan ó irritan al pobre y al desvalido, contristan el alma de las madres y el buen sentido de los que tienen á Dios.»

Muy bien dicho. Pero él sigue cobrando miles de duros al año, vive en el mismo palacio, continúa usando coche, no ha vendido siquiera á ni una de sus fabulosas joyas ni uno de sus ricos vestidos para socorrer a los pobres.

Y, por lo tanto, no tiene derecho á hablar. En este asunto no hay más que una autoridad: la del ejemplo.—1895.

No nos va quedando energía ni alientos para nada grande.

¿Debemos unirnos para triunfar? Nos fraccionamos más cada día.

¿Se sublevan los militares? Nos quedamos en casa.

¿Hacen falta fusiles? Vamos á votar.

¿No comen los emigrados? Celebramos banquetes.

Y en todo lo mismo.

Para lo único que sobran lenguas y plumas es para aplaudir á los jefes y abominar de quienes los atacan porque no se unen. Fuera de esto, nada despierta nuestro entusiasmo, nada logra sacarnos de nuestro letargo, nada triunfa de nuestra indiferencia.—1893.

Algunos fabricantes de Alcoy exigen á los obreros que ingresen en cofradías; y los hay que, al pagarles el jornal, pasan una cajita entre las trabajadoras para que echen aquello *que tengan voluntad*, con destino á funciones religiosas.

Estos fabricantes incuban Ravachols. Se necesita ser lo que muchos de ellos son, para mermar por tales medios el mísero jornal que ganan las infelices que han preferido ser explotadas por los padres á ser seducidas por los hijos, términos fatales hoy de la vida de las obreras.—1895.

No perdamos la esperanza, pero tampoco nos entreguemos á engañadores optimismos.

Durante los períodos de propaganda, todo está permitido para despertar el entusiasmo; pero cuando se sospecha que puede sonar pronto la hora de cargar con las responsabilidades del poder, hay que saber lo que se ofrece, que sólo debe ser aquello que se pueda cumplir; hay que despojar á las ideas de la parte sentimental, hay que medir bien el trayecto que ha de saltarse para guiar bien el impulso.

Y no es que yo crea que la República debe quedarse corta en nada de aquello que al bien de la patria convenga; creo, por el contrario, que debe pecar por carta de más mejor que por carta de menos; pero precisamente por esto mismo conviene apoyarse en la razón y no en el sentimiento; éste tiene explosiones sublimes, pero también retrocesos tremendos.

Hablando más claro; se necesitan hombres de Estado dentro de la política revolucionaria, y los que están hoy al frente de ella no lo son.—1893.

Un general de brigada ha regalado á la Virgen del Prado, patrona de Talavera de la Reina, un manto de terciopelo azul marino recamado en oro, una corona de plata obediada adornada con esmeraldas y rubíes, y en semejante forma el rostrillo y penitencias para el niño que la imagen tiene en sus brazos; también ha donado dos cuadros en mosaico.

Cada cual puede disponer de lo suyo como le acomode; esto es indudable; pero si ese general hubiera dedicado sus alhajas á remediar la aflictiva situa-

ción de las familias de los reservistas, quizás allá en la manigua hubiese bendecido su nombre algún héroe desconocido al darle á la vida el último adiós.

Y su bendición hubiera sido más grande y más sublime que todos los rezos y todos los cánticos que salen de las iglesias.—1895.

No es posible evitar que se llame republicano todo el que quiera.

Pero hay un medio de evitar que desde nuestro campo ayuden algunos á la monarquía, y es: formar un tribunal de republicanos que nunca hayan utilizado con la monarquía su posición ni su renombre, para que los expulse del partido.

Y una vez arrojados, perderían de un golpe el apoyo y protección de los monárquicos. ¿Para qué les servirían, no pudiendo seguir poniéndose la careta republicana?

Y esto sería un bien grande en lo presente, pero más en lo porvenir. El que pudieran pasar como republicanos ciertos hombres el día del triunfo, aumentarían las dificultades con que indudablemente habremos de luchar.—1896.

Hasta los gatos quieren zapatos.

Martina de la Iglesia, joven agraciada del pueblo de Andavías, ha denunciado ante el juzgado á ese sinvergüenza que, sin protesta de las autoridades eclesiásticas, anda haciendo milagros por los pueblos de la provincia de Zamora.

La Martina creía padecer alucinaciones, y se encerró con ese tío en la cocina de su casa y allí abusó de ella; ni un ace quillado le hubiera excedido.

Quejose ella del atropello, y entonces el gandul milagrero excitó á las Hijas de María y á todo el pueblo para que la castigasen, como así lo hicieron, tomando parte activa el propio santo (?).

Martina, por temor á nuevas zurras, negó ante el alcalde lo que antes afirmara; pero incontenible corrió á Zamora y declaró en las oficinas del periódico *La Opinión*, ante representantes de la autoridad, todo lo que había pasado.

Es admirable. Cuando un individuo cualquiera se siente infamado por el espíritu divino, se despiertan en él estas tres pasiones: odio al trabajo, amor al dinero y delirio por las faldas.

Aunque quizás sea lo contrario: que el espíritu divino sea consecuencia de esas pasiones, y se busque la religión como medio para satisfacerlos.—1895.

Con lo que se lleva gastado en rogativas para que termine la guerra de Cuba, habría para sostenerla algún tiempo más.

Pero ¿es qué realmente las rogativas sirven para algo? Demuéstrese, y las defenderé.

Porque mientras vea que se mandan allá soldados todos los días, y se preparan más para mandarlos, no me preocuparé á creer en su eficacia.

Y esto de que los curas se estén llevando el dinero por celebrar ceremonias recorridamente inútiles, no me parece justo ni equitativo.

O rogat v s ó soldados. Si sirven las primeras, huelgan los segundos; y si éstos han de resolver la cuestión ¿para qué aquellas?—1896.

Resolviéndose todo por votación en las Cortes, ¿qué importa que el número de republicanos sea en ellas mayor o menor?

Lo indispensable es que se distingan por lo consecuentes, por lo enérgicos, por su entereza para combatir la monarquía y su valor para afrontar las consecuencias; en fin, que no se parezcan en nada á cuantos han sido diputados durante la restauración sin provecho para la causa republicana, y sin haber levantado el espíritu del pueblo, por haberse contentado con hacer una oposición de real orden, digámoslo así, muy conveniente á los intereses monárquicos.

Aparte de que, si todo lo que el sufragio universal nos reservaba era duplicar el número de diputados, bien poco habría que agradecerle al sufragio universal.—1891.

Sin tarea que se ha echado encima el obispo de Oviedo, por puro patriotismo.

Al despedir los voluntarios para Cuba, les dijo que, mientras se batían allá, él rezaría por ellos aquí. No se puede ir más allá en el sacrificio.

Los voluntarios, aparte batirse cuando no están en los hospitales, maldito si deben preocuparse por nada; en tanto que él, el pobre obispo, tiene que rezar á diario uno ó más padrenuestros. ¡Abnegación sublime!—1896.

Hasta los mismos monárquicos están avergonzados de la conducta de los republicanos de renombre.

Quisieran tener enfrente hombres de arianques, de virilidad (por lo mismo que ellos no han tenido ni la una ni los otros), que les diesen pretexto para hacer alardes de su amor á la monarquía y defender con palabras gordas sus acciones débiles.

Pero, nada; los republicanos (sólvo alguna excepción en determinación asurto) pecan más de sensatos, de prudentes...—1899.

Al ver embarcarse en Barcelona á los soldados que iban á Cuba, dijo un militar alemán: «En mi país vamos á la guerra todos; aquí los pobres solamente.»

¿Pues qué creía? En algo se había de conocer que somos un país católico.

Si todos fueran á la guerra, los pobres y los ricos, ¿durarían tanto las que sostenernos?

Y si las guerras durasen poco, ¿qué iba á ser de esas pobres empresas de

atlánticos, como la del católico Comillas, sin tener soldados que llevar y cadáveres ambulantes que traer?—1898.

Vamos los republicanos á conmemorar una vez más la revolución de Septiembre de 1868 celebrando mítins.

Me parecería mejor que lo efectuarámos en esta forma: vestidos de penitentes, con una cuerda al cuello y la frente cubierta de ceniza, llegar á las tumbas que guardan los restos de los hombres que en aquella tomaron parte, y allí, arrodillados, entonar compungidos y avergonzados estas frases:

«¡Perdonadnos, perdonadnos!... Somos unos vocingleros incapaces de imitaros.»

Y después de esto dispersarnos para ir cada uno á rezar un poquito á la iglesia de su barrio.

¡Y viva la República!—1897.

No puedo ocultar mi regocijo cada vez que oigo á ciertos industriales, banqueros y comerciantes quejarse de lo mal que estamos. Y cuando sé de alguna quiebra, ó del cierre de una fábrica, ó de la ruina de un comercio, mi regocijo se duplica.

¿No quieren restauración? Pues que tomen restauración. Las lamentaciones del presente son los réditos que pagan por las percalinas y los faroles del pasado.—1886.

Avisado un propietario de Jerez por su cortijero de que unos campesinos hambrientos le pedían pan, contestóle:

—No se lo des; pero si lo quieren tomar, deja que se lo lleven.

Y en efecto, los hambrientos tomaron el pan, el propietario los denunció, y en la cárcel se hallan.

Y yo, al leer esto, pienso en un tirano de buena cepa que obligara á ese propietario á mantener durante este invierno con perdices á esos campesinos. Y si se cansaban, con salmones. Y si se hartaban, con faisanes. Y vino de la tierra á todo pasto, y del de 15 pesetas botella.

Esto, sin perjuicio de tenerlo á él archivado en la cárcel, dándole de comer únicamente lo que los campesinos le tomaron; pan; si bien suministrándole agua á discreción, para quitarle hasta el derecho de decir mañana que se le había dado nada más que pan seco.

Y si después, al comenzar la primavera, le diese al tirano la humorada de ahorcarle, aunque fuese en día de fiesta, juro por lo más sagrado para mí, a religión de mis mayores, que yo no protestaría en forma alguna.—1906.

El gobernador militar de Vitoria, general González Tillas, ha dispuesto que los soldados de la guarnición vayan todas las tardes á la iglesia á perfeccionar en el doctrina cívica.

Con esto, si llegara el caso, cuando los carlistas adiestrados en los semina-

rios en el manejo de las armas disparan, los soldados podrán contestarles con oraciones.

Pero ¡ay!, todo se explica. En un país donde los templos se convierten en clubs y los conventos en arsenales, es natural que los cuarteles sean casas de oración.—1898.

Varios republicanos afirman que en Madrid los conservadores han sido derrotados *mora'mente*, á pesar de haber sacado á flote sus candidatos, y que, por lo tanto, nosotros hemos triunfado.

Parodia de aquel cesante que se alimentaba *mora'mente* devorando con la vista los platos de los escapartes, y que murió de un ataque de hambre.

Los triunfos *mora'es* ayudan mucho, efectivamente, pero es cuando se tiene detrás la fuerza para defenderlos.

Si Martínez Campos se hubiera contentado con alcanzar triunfos morales de la clase de los nuestros, la restauración no habría sido.—1891.

El alcalde de Madrid anda loco para que le den dinero con destino á los Asilos de Beneficencia.

Comisióneme para entrar en los conventos á buscar el que les sobra á frailes y monjas, y pronto los pobres nadarán en la abundancia.—1900.

Si queremos los republicanos llegar, tenemos que destruir una porción de leyendas.

Los republicanos, como españoles, allá nos andamos con los monárquicos. En esta avalancha de desventuras caídas sobre España, todos somos culpables, los que no por acción, por omisión. Ha bajado el nivel general, y casi todos estamos hoy al mismo nivel.

¿Quién tiene más medios de elevar ese nivel? Nosotros indudablemente; nuestras doctrinas se prestan á ello más que las de los monárquicos; éstos no pueden rebasar ciertos límites en las reformas; nosotros sí.

Ellos se ven atados por las exigencias del régimen, á cuya sombra España ha venido tan á menos; nosotros podemos llegar hasta la frontera que separa la burguesía del socialismo.

La diferencia es grande, fundamental; por esto España no tiene salvación fuera de la República y por esto no nos ha mandado ya á paseo.

Pero esto no nos autoriza á creernos una raza aparte; somos españoles, con todos los defectos de nuestros compatriotas, aunque en mejores condiciones que los monárquicos para realizar lo que á España conviene.

Esto de tener á toda hora en los labios lo de «somos los más y los mejores», sin demostrarlo de ninguna manera, es una portuguesa ridícula, ó un estribillo, lo cual sería peor aún.—1905.

JOSÉ NAKENS

PSEUDO-CRISTIANISMO Y PSEUDO-SOCIALISMO DE LA IGLESIA

CONFERENCIA DE PEY ORDEIX
EN SABADELL

Pueblo de Sabadell: tú que, el primero de España sentiste el sarcasmo del catolicismo, secuestrador del sentimiento religioso por lo que tiene de explotable y de industrializable y de corruptor en todo lo que tenía de aspiración noble y justificada por los tiempos; tú que has sido el que no has cesado de oír durante dos mil años la invitación de Cristo:

«Venid á mí los que estáis cargados y fatigados, que yo os aliviaré»

dicha y repetida por los blasfemos labios de sus pseudoministros, consagrados con ciego afán á aumentar vuestras cargas, á encerrar vuestros dolores y á haceros insostenible la vida; tú, pueblo el más cargado y oprimido, y por esto el más escarnecido, y por esto el primero que emprendió la huida de la Iglesia y la lucha contra su sistema; tú podrás entenderme mejor que otros en lo que debo decirte, porque las ideas que voy á exponer están hace tiempo dentro de vuestros cuerpos, si no en forma de ideas, cuando menos en forma de fatigas, de dolores, de enfermedades, de angustias, de heridas del cuerpo y del alma recibidas en la lucha secular que estáis sosteniendo.

Y os requiero á que me escuchéis como á quien tiene perfecto derecho á hablaros; no que me oigáis como advenedizo á vuestro campo, pues antes de nacer muchos de vosotros estaba militando en él; y mucho antes de que me conocieráis estaba luchando por vosotros y defendiendo vuestra causa con igual ardimiento, aunque con menos experiencia que ahora, pues le los púlpitos de parroquias, catedrales y basílicas; en Castilla, Navarra, Galicia, Aragón y Valencia, ante obispos, arzobispos y autoridades todas, mereciendo sus odios y sus persecuciones; y derrotado por ellos y abandonado de todos, y gravemente enfermo, me sentí maniatado, prisionero, cautivo é incomunicado; y allí me brindaron á la traición que no lograron, y allí me presentaron los halagos de sus promesas y el terror de sus amenazas, y logré escapar de su seducción y de sus cárceles, y rompí sus cadenas, y en la huida les dejé carrera, porvenir, posición, derechos adquiridos, títulos, prestigios, fama, paz, amistades, hogar, sin llevar más que un cuerpo extenuado, un alma llena de engaños y una conciencia desorientada y vacilante.

Por todo ello pregunto á todos y á cada uno de vosotros, á todos y á cada uno de vuestros jefes: ¿quién tiene igual hoja de servicios en esta lucha contemporánea? ¿Quién ha traído y sacrificado más, y quién llevó y sacó merced?

Ni soy nuevo entre vosotros ni es forastera aquí mi sangre. Por estos pueblos andan los míos desde hace años, vertiendo sudores y lágrimas y batallando vuestras batallas. Aquí entre vosotros ha vivido muchos ratos de vida mi espíritu, traído por el cariño que me ligó antiguamente con dos que sucesivamente fueron mis grandes amigos:

Sardá Salvany, el apóstol del integrista, el Dr. José Alsina, arcipreste, de quienes necesito decir algunas palabras.

Sardá Salvany ejerció sobre mi juventud una influencia singularísima; quizás fué él quien dibujó en mi alma los rasgos iniciales de mi fisonomía. Él, con sus rebeldías á los obispos, me abrió los ojos á la duda y sospecha; él, con sus ataques á los ecologistas y agustinos, me enseñó á descubrir la hipocresía y artificio de los frailes; él y los suyos me enseñaron á fiscalizar al Papa, de quien me contaban que era sospechoso de herejía y masón; él y el jesuita P. Seisdedos me iniciaron en el secreto de saber ver cómo Satanás es el que nombra los obispos y jerarcas de la Iglesia; él, en fin, me hizo ver que en el catolicismo hay dos razas, dos cuadrillas, dos sectas, dos especies: la de los infames fariseos, moraderes y explotadores del crédito cristiano, y la de los espíritus honrados y sinceros, que son explotados por los otros.

El, pues, me lanzó al camino del odio contra unos y de entusiasmo en favor de otros; y este odio y amor fueron los estímulos que me instigaron á examinar, observar y fiscalizar á unos y á otros para formar juicio acertado y conciencia segura; él me disparó, pues, por el camino de la lógica, que he recorrido en línea recta, sin pararme, sólo en el norte de la verdad, con decisión de seguirla hasta lo último, y dispuesto siempre á dejar todo error tan pronto como lo descubriera.

Y este camino he andado sin desviarme un solo punto. Si hoy luchamos en campos opuestos, no he sido yo sino él el que ha salido del camino. Él está donde estaba, pero es porque ha claudicado y ha caído y se ha tumbado en el camino. Cobarde, débil, perezoso, miedoso de descubrir verdades que le impusieran grandes sacrificios..., cayó, se rindió; tuvo miedo, perdió a fe en la energía de la verdad y en el cielo de la conciencia; volvió las espaldas para mirar atrás..., vió la ciudad eclesiástica que dejaba, con sus riquezas y magnificencias, y quedó convertido en estatua de sal, como la mujer de Lot; e tatua que el sol y las lluvias van disolviendo. Yo doy gracias á Sardá del bien que me hizo cuando fué mi amigo, y le presento la cuenta del daño que me ha hecho al hacersé enemigo. Cuando, siguiendo derechamente ese camino de la lógica, se entusiasmó conmigo el partido integrista y su jefe, Necedal, se sintió empujado hacia adelante para no petrificarse, Necedal entrevió el obstáculo con que íbamos á tropiezar: *Roma, la roca de Roma*, como él la llamaba; la formidable roca ésta que á tantos ha ido aplastando. «Tengo miedo á la roca», exclamaba; y se atascó y quedó petrificado unos pasos más adelante de Sardá Salvany...; y seguí andando, dejando otra estatua de sal que ya no pudo hablar ni hacer cosa de provecho...; y murió petrificado.

Y seguí andando seguido de los más bravos; de espíritus frías en la fragua de la Lógica, ansiosos sólo de verdad, y llegamos á la Roca, y la Roca se nos vino encima, con aquel ímpetu que recordaría, con aquel plan fraguado por el general de los Jesuitas, transmitido á toda la Compañía, que los obispos habían de ejecutar como testafierros de

la Compañía. Y los obispos catalanes se congregaron en conciliábulo ahí cerquita, en Montserrat, acordando la táctica que debían seguir; y se confabularon con todas las autoridades militares, políticas y judiciales; pusieron en movimiento sus huestes, en las que comparecieron Sardá y Mañé Fiaquer, llevando de verdugos los Nelos y Mementos; la Roca imaginó todo lo imaginable; calumnias difamatorias en la prensa, procesos arbitrarios en los tribunales, secuestros policíacos, confiscaciones ilegítimas; se propuso el recurso al asesinato aleroso, del cual dimitiesen, porque Morgades se acordó de que Ramón Sempau era amigo mío, y de que había disparado cuatro tiros á Portas; se tentó al mélico que me asistía para envenenarme...

Y la Roca no me ha aplastado; y aquí me tenéis...

Y en aquella colisión formidable, estuvo á mi lado constantemente vuestro arcipreste, el Dr. Alsina, que se vió perseguido por oponerse al establecimiento de nuevos frailes en Sabadell, que trataban de imponerle Sardá y el obispo; y luchó, aquel viejo, como bravo; y murió honradamente, porque murió pobre. Muchas bellas cosas podría contaros de su intimidad en sus últimos tiempos; con ellos podría formarse hermosa corona que llevar á su tumba. Murió luchando contra la perversa Iglesia; murió detestándola, murió excomulgándola. Vosotros, que pudisteis saber que fué párroco por conquista legítima de sus virtudes y ciencia; vosotros, que fuisteis testigos de su modestia, sencillez y laboriosidad, podeis acreditar con esto que los párrocos virtuosos maldicen y reniegan de esta Iglesia á medida de su ciencia y virtud. Si él hubiese vivido no habrían ardido los santos de su parroquia; la virtud del párroco les habría hecho incombustibles.

Estos hechos sirven de prueba y de exordio al tema que voy á tratar en esta conferencia, y que acaba de provocar á la oportunidad esa algazara carnavalesca llamada *Semana Social* que la Iglesia destina á corromper al pueblo obrero.

De paso hemos de marcar estas novedades eclesiásticas, signos de los tiempos y que acaso sean actos reflejos de una subconsciencia que se anticipa á los hechos, como tantas veces ocurre en la vida. La *Semana Social*, que viene á ser la tercera semana célebre después de la semana santa y de la semana trágica, podría llamarse la semana cómica. Como en la semana santa juega á apóstoles y á judíos, en la semana social juega á *lurgueses* y *proletarios*. Ambas son igualmente escénicas, aparatosas. *Tutto convenzionale*, como diría el héroe del *Duo de la Africana*.

Y pues de socialismo se trata, en ningún sitio mejor que en esta Meca del socialismo español.

El socialismo actual de la Iglesia

Dando de cabeza contra la pared que ella misma se levanta, la Iglesia condenó sin distinción el Socialismo en el *Syllabus* de Pío IX, para venirse en tiempos de Pío X y aún de León XIII á meterse en agitadora socialista, inventando la teoría de la democracia pontificia, que es algo parecida á la república mo-

nárquica que algunos sueñan, es decir, el absurdo.

Sí; el cristianismo en su origen era democrático, era secta de desarrapados, era radicalmente comunista y radicalmente igualitario. Y aun no podría ser de otra manera sin invertirse; pero se invirtió. Quedó invertido cuando se desclavó la cruz de la cima del Calvario, pináculo de los patibularios legales, para clavarse en la cúspide de los templos y palacios, albergue de los dueños y explotadores del patíbulo. Apostató de sí mismo el Cristo, cuando huyendo de los estrados del tribunal de Caifás y de Pilatos, subióse á la mesa presidencial, dejando de ser reo para convertirse en Juez, magistrado y fiscal. Renegó de sí mismo el Cristo cuando, harto de ayunar y de trabajar, abandonó la pobreza y desnudez para hacerse propietario; el mayor propietario del mundo; el que en cada pueblo tiene ricos palacios y enjambre de cortesanos; el que habla llegado á poseer las cuatro quintas partes de la propiedad territorial europea, arrebatadas al dominio de los dueños que la habían cultivado y defendido con sus sudores y con su sangre. Apostató y renegó del Evangelio el día aquel que entró humilde y lastimero en la Corte de Constantino pidiendo tiranía, mal cubierto con una túnica y coronado de espinas, para entenderse con el Emperador, hacerse ministro suyo y luego señor suyo para presentarse en el balcón del palacio imperial luciendo en vez de la corona de espinas las cuatro coronas de la tiranía; en vez de la túnica, el regimiento de damasco; en vez de cardenales, el pectoral y anillo de brillantes; en vez de la caña ridícula, el báculo de oro y pedrería. De un salto, Cristo había pasado del balcón de Pilatos, donde este le exhibía gritando *Ece Homo*, al trono imperial, donde se grabó con letras de oro: «He aquí al Tirano de reyes y de pueblos; ante él, como ante el Satanás del Monte, postrarse todo el Mundo; á su nombre póstranse los cielos, la tierra y el infierno; este es el manso y el humilde consero aquel que apenas sabía balar en Jerusalén y que ahora rugirá furias como energúmeno; este es aquel que en la Cruz perdonaba á los sayones que le asesinaban y escarnecían, y ahora prenderá, matará, quemará vivos, aventará las cenizas é infamará á perpetuidad al hombre, y el linaje de los que se atreven á murmurar de él lo más minino.

Este es el que en Getsemaní mandó envainar la espada de Pedro recogiendo del suelo y curando la oreja que había cortado, y ahora atormenta, descuartiza y arroja á los perros los miembros de sus víctimas. Este es Aquél. Aquél era el Vicario de Este, y Este es el Vicario de Aquél.

Este es el hijo de la hilandera que nació en el Establo y que ahora no sabe respirar aire que no esté saturado de incienso: el que subió descalzo el Calvario y ahora no sabe pisar con sus botas de brocado, fuera de las alfombras damasquinas: éste es el que no tenía donde caerse muerto y ahora no sabe contar sus fúnebres; éste es aquel desheredado de Nazaret hecho el Gran Burgués del Mundo; el que cuenta por millares sus mayordomos y por millones sus colonos y por docenas de millares sus odaliscas.

Este y Aquel.

Mejor dicho: aquel era el Jesús cristiano: este es el Cristo jesuita y romano; el católico, el pontífice del catolicismo, el Dios encarnado, injuiciable como Dios, dogmatizante como Dios, infalible como Dios; tirano, cruel, déspota, avaro, tacaño y malvado como el Diablo. Es el Belcebú encarnado de Cristo y disfrazado de Cristo; el que se condena á sí mismo y se escarnece á sí mismo y se contradice y se excomulga, se ridiculiza y envilece al extremo en que le véis envilecido ante la conciencia humana.

Ese dios-católico es el que en la Semana Social se pondrá como Jano las dos caras: del Jesús Nazareno y del Nerón, para enseñar la una ó la otra, según le convenga; para hablar en Cristo predicando el amor cristiano, realizando sus odios; hablará de la fraternidad apostólica, asesinando á su hermano como Caín; predicará la castidad virginal de San Pablo, y robará á Urías su esposa y asesinará al marido como David; presentará cuestiones sobre la redención del obrero y continuará esquilmando pueblos.

El socialismo católico y el socialismo cristiano

Sí; hubo un tiempo en que el cristianismo fué socialista y comunista. Fué cuando los papas de Roma, los caifases de todas las sillas episcopales, los judas de todas las cuadrillas jesuitas no tenían que comer; entonces predicaban el comunismo para poder ellos vivir del común; entonces predicaron fraternidad, para poderse sentar como hermanos en la mesa de todos los vecinos y comerles el pan de los hijos; pero cuando ellos se han hecho dueños, ahí tenéis la fraternidad pontificia, episcopal y jesuita, en los millones que van acumulando en los Bancos y en el hambre que dejan á sus fieles. Ahí tenéis su *igualdad*, en el portazo con que el lego y el ama cierran la puerta al miserable; en el empujón que el alguacil episcopal arroja á los mendigos; en el culatazo con que el guardia suizo lanza del Vaticano á los que allí van con la partida de bautismo, que los hace hijos de Cristo y coherederos de Cristo, con la cédula del cumplimiento pascual que les hace comunitarios de la Iglesia, con el escapulario y medalla de las cofradías; nada valen las patentes de estos hijos; el único hijo de Cristo que reconocen la Madre Iglesia y el Padre papa, es el que lleva un título real como los herejes Enrique VIII y Federico III, ó un título de *Duenda*, como Pedro Morgan, Comillas y Urquijo. Estos son los hermanos titulares y de hecho son los primos. Los otros... son herejes de la peor herejía: la miseria.

Hubo un tiempo de socialismo cristiano, mejor dicho, de humanitarismo. Era la época en que se guardaba el Testamento de Jesús, y se recogía su único legado: «amaos los unos á los otros.» Pero cuando Jesús fué nombrado copropietario de Constantino y se celebró su matrimonio con las siete Maldades Capitales, entonces el mundo de las tinieblas, el mundo de los malvados, el mundo ese de los soberbios, de los avaros, de los lascivos, de los iracundos, de los golosos, de los codiciosos, de los envidiosos y de los holgazanes, hijos de aquella Maldad universal, declararon á

Cristo capacitado para adquirir y fundar su patrimonio y privilegios; y entonces el obispo de Roma y todos los obispos, renegaron del testamento humano de Jesús y se dedicaron á disfrutar este nuevo testamento de la holganza, de la intriga, del sibaritismo, de la tiranía y de la majadería.

Y porque algunos fieles y clérigos llevados á la Iglesia por sus padres engañados, un día requerimos el primer testamento aquel y reprobamos este vergonzoso fraude é inversión del cristianismo; porque vimos que el catolicismo ha pasado á ser la secta anticristiana por excelencia, y protestamos de se hiciese á Cristo responsable de tal prostitución, por esto fuimos perseguidos y condenados por la Inquisición romana en la forma que sabéis; yo y los nuestros en España. Murri en Italia, Daens en Bélgica, D'Ostal en Bohemia... es decir, en todas partes. Aquel movimiento era la resurrección del espíritu cristiano; era la reaparición del primitivo socialismo; era la declaración de la ilegitimidad y sacrilegio de ese contubernio; y por esto fuimos condenados y perseguidos con el odio pactado entre los obispos catalanes reunidos en conciliábulo ahí mismo, en Montserrat, que habla de producir aquella avalancha de atropellos de todas las autoridades, aquellos atentados policíacos de Nelos y Mementos, aquella difamación que nos llevó á la ruina y que me dejó sepultado en una cama, con el deshaucio por receta, con el abandono por compañía, con los delegados de la Inquisición por enfermeros, con su machaqueo insultante para acabar de darme mala vida y prepararme buena muerte, y dejarme muerto, bien muerto, muerto por todos lados, con la muerte que da la Iglesia con el cachete de su Extrema-Únción; muerte de la fama, de la dignidad, del cuerpo y del alma; muerte de la vida pasada, de la presente y de la futura.

Mi conversión en Montserrat

Y pues estamos cerca de Montserrat, aquí voy á conaros un hecho de mi vida, quizás el más extraordinario y que resume muchos párrafos de larga oratoria.

Había sido encerrado allí por orden de la Inquisición Romana que, según noticias extrajudiciales, tenía pensado encerrarme á perpetuidad. Largo fuera de contar las escenas que allí ocurrieron. Una de ellas explicaré.

En una de las tribunas, la primera á mano izquierda del coro, hay un altar con un cuadro al óleo del Cristo en la Cruz.

Iba yo arrastrándome, mejor que andando, por aquellas tinieblas del templo, no más claras que las tinieblas que iban envolviendo mi espíritu, entonces aún profundamente cristiano y fervoroso creyente. Y al tropezar mi vista con el retrato de Cristo agónico, díjeme lo que siempre yo sabía hacer hablar al Crucifijo, es o es, lo que nos habían enseñado á oír de él sin necesidad de que él hablase: «Ya ves cuanto sufro por ti en esta cruz, alanceado, acribilado...»

Esto reproche que el hábito me había enseñado á oír, provocó en mi espíritu una reacción involuntaria, refleja; sentí acudir á mi cerebro como entre raudales de dolor los recuerdos de cinco

años de persecución, de infamias, de enfermedad y de sufrimiento; y sin poderlo evitar, me encaré con aquella imagen habladora, diciéndole: ¿Por mí?... ¿Qué porción me toca á mí de tus sufrimientos pasados por todo el linaje humano? Por mí... ¿Acaso te acordabas de mí? ¿Acaso podías acordarte de mí, Tú, que has estado dos mil años inspirando á mis progenitores la idea de la virginidad; Tú, que en cada generación has maldecido el instinto procreador, atentando contra mi vida?... ¿Tú por mí?... ¿Y qué pasaste? Veinticuatro horas de pasión... Y yo... Yo sí que he pasado por ti, y sólo por ti; y llevo tres años de crucifixión peor que la tuya, pues tengo el cuerpo tan crucificado como el tuyo y el alma más crucificada que el cuerpo; y hace dos años que estoy condenado al suplicio de Job: de oírme reprochar por los fariseos con lenguaje que parece estereotipado; y más sufrido que Job, todavía no he prorrumpido en blasfemias como él, ni en maldiciones como él. Y como tú, todavía no he acusado de desidia á la Providencia... Yo he pasado por ti más, mucho más de lo que tú pasaste por todos; yo te envidio, yo envidio a la cruz de tres horas y esa pasión de un día; yo te envidio... Bija y clávame en ella y clávate tú en esta mía..., y veremos...

Y este fué el principio de mi redención; fué como la rasgadura de un velo que me cerraba el horizonte con el trapo cristiano; y entonces vi que además del horizonte aquel había otro horizonte... Y entonces vi toda la realidad de la Iglesia; y sentí como el mayor de los dolores el que me había arrancado del alma, con las tenazas de su crueldad, este cariño mio á Cristo, este amor á Cristo, esta idolatría que había sido el sostén y pábulo de mi espíritu.

¡Facinerosa!—me dije;—tu crimen conmigo no tiene perdón... Ahora te conozco... Te he sorprendido; ¡nos veremos!...

Esta era la amenaza de un desahuciado, neurasténico de último grado, sin un céntimo de fortuna y sin un amigo. Jamás vi tan grande el poder horrible de la Iglesia; jamás sentí tan intensa la energía de un espíritu fulminante.

Allí donde Ignacio de Loyola juró su caballería industrial, allí verificóse mi conversión.

Desnudando el ídolo

A partir de este momento, la Iglesia se me presentó muy otra de la que se ofrecía durante la fase de mi ciego enamoramiento. Sometí á revisión sus doctrinas, y las hallé plagadas de absurdos; analicé su moral, y la vi formando red de deshonestidades; repasé su historia, y la encontré envuelta continuamente en el crimen; estudié su acción social, que es lo que ahora incumbe, y deplore como gran desgracia y vergüenza mía el haber militado en sus filas devastadoras, el haber contribuido con mi buena fe á dar prestigio á la mala fe de los primates, y adquirir la convicción perfecta, la visión evidente de que el catolicismo es la gran plaga de los tiempos modernos y la peste de la humanidad, que sólo se esteriliza con el fuego. Y vi y lamenté que los buenos, los Vicente de Paúl, los Pedros Nolasco, los Francisco de Asís y sus imitadores, sirvan inconscientemente de re-

clamo seductor con el brillo y perfume de sus virtudes, en el balcón del gran lupanar de la Iglesia, en cuyo interior segregan el pus de toda suerte de males secretos sociales, las paredes de los latos, las bóvedas de arriba y las alfombras de abajo.

De este modo vi que todas las virtudes y grandezas que exhibe como banderas la Iglesia, se han debido y se deben al limitado influjo de su maldad que, con ser tan grande, no ha llegado á ser infinita y no ha podido corromper á todos sus individuos; pero que estas bellezas con que se adorna ante el público, son postizos perifollos con que encubre las hediondez de su cuerpo; vi que ella llama hijos suyos á esos que deshonró y persiguió en vida, llevando su procacidad á proclamar santos suyos á Juana de Arco y Savonarola, á quienes quemó vivos en la hoguera.

Y así vi en su desnudez interior, pasada, presente y futura, la gran infamia clerical, la blasfemia encarnada y elevada á culto, de atribuir á obra de Dios esta empresa, cuyo único milagro está en haber podido subsistir tantos siglos sin haber concitado contra ella el odio todo de la Humanidad.

El clero y el obrero

¡Y hablan todavía de proyectos de redimir el obrero! Dos mil años ha dominado las leyes y costumbres la Iglesia; ha tenido tiempo de acreditar con la práctica la bondad de sus doctrinas. Y la práctica así la tenemos. En el siglo XVIII el clero, pobre como Cristo, humilde hijo de Cristo, manso discípulo de Cristo, se había hecho dueño de las cuatro quintas partes del territorio nacional, se había entronizado sobre las soberanías, llenaba de ciudadanos los calabozos de la Inquisición y convertía en fiestas públicas los autos de fe.

Así había redimido á España y á Europa.

Un pueblo tenemos de modelo de la acción civilizadora de la Iglesia: pueblo en cuyo dominio no tuvo freno alguno; pueblo repartido entre los frailes y en cuyas villas y aldeas el fraile era el párroco, alcalde, juez y comandante al mismo tiempo: Filijinas. Y después de tres siglos de acción exclusiva, el fraile, tipo sublime del clero católico, redimido sus feligreses y va a los, roban sus fincas y riquezas al propietario, robando los hijos á los padres, la mujer al marido, y á todos el honor y dignidad humana.

Y si algo faltaba para la prueba experimental, ahí quedan entre nosotros los monumentos de la cultura eclesiástica que en el siglo XX no sabe hallar pará el obrero más que el Hospicio, el Hospital y el Asilo. El Hospicio en donde recoge los hijos que ha arrancado del pecho de las madres atenzánolas con su maligna difamación; y después de haberles robado padres, apellido, familia y legitimidad, los somete á rancho y los viste de miserables. El Hospital en donde recibe los enfermos producidos por la avaricia con que explota al trabajador, por la locura de sus fanatismos, por la crueldad de sus usuras. El Asilo en donde fabrica esos seres desgraciados, más siervos que los siervos antiguos, pues éstos tenían esperanza de aliviar la servidumbre con el fruto y ahorro del trabajo, y éstos no pueden ahorrar por más que trabajen y se

afanen; más esclavos que los antiguos esclavos, pues éstos tenían libertad de pasear por la ciudad y éstos no la tienen de asomarse á la ventana; más cautivos que el antiguo cautivo, pues á éstos se les concedía rescate, y los otros cada vez se hallan más atados al cautiverio; séres sin familia, pues fueron arrancados de ella; sin pertenecer á la humanidad, pues están incomunicados con los hombres; sin capacidad de dominio, pues el bocado de pan que amasan siete veces con su sudor, se lo envenenan con el continuo insulto de recordarles dársele de limosna; señores á quienes roban el corazón, pues no les dejan amar lo que quieren; á quienes roban el cerebro, forzándoles á creer lo que rechazan; séres que jamás hallarán en el espacio un pie de terreno donde poder fijarse sin exponerse á que el fraile ó la monja los barran con la escoba recordándoles que no están en su casa; séres que no serán dueños de un sólo minuto de su existencia ni de una sola de sus actividades, pues de día y de noche y á todas horas estarán á merced del despotismo, y á toque de de campana coriarán el sueño, comerán, beberán, pasearán, rezarán, trabajarán, vivirán y morirán, sin haber nacido á la vida humana.

Así redime la Iglesia á sus redimidos, cuando ya no estafa á la Diputación la lactancia de los infantes, ó cuando no utiliza para la mendicidad los niños, ó cuando no vende el rico sátiro la hermosura de la doncella, ó cuando no exhibe las miserias de la vejez para asaltar la compasión del transeúnte, ó cuando no vende los huesos y reliquias de los santos, ó cuando no explota las almas de los muertos.

Este es el sistema social que practica en pleno siglo XX, á la luz del mundo mientras obispos y papas llenen compasión y lástima del obrero que no han podido todavía encerrar en sus asilos, refugios y conventos.

Por qué quiere los obreros la Iglesia

¿A qué viene este afán de seducir la clase obrera y especialmente la juventud? Porque es cierto que ahí ha emplatado su actividad la Iglesia, con sus ateneos obreros, academias, círculos, escuelas é institutos, de los cuales es modelo el Instituto Católico de Artes y Oficios de Madrid, en cuya edificación se gastaron ocho millones de pesetas sonacadas á una vieja ricachona, y que se levanta frente á frente de la Redacción de EL MOTIN.

¿A qué viene este afán? No vienen ellos á ser redentores del obrero, sino á hacer al obrero redentor suyo. La Iglesia presiente la oía del socialismo mundial. Ve que bien pronto los Estados, aun los imperialistas, habrán de capitular con los partidos socialistas. Ve que el fraile romano es expulsado de las naciones, menos de España; ve que el socialismo italiano se prepara para pedir la expulsión del Papa del territorio italiano.

Y por esto trata de sembrar la división entre los obreros de las grandes urbes y está armando ese *requeté* que ya funciona en Sabadell. Y en los colegios y escuelas, aun de escolapios, se ha establecido como asignatura la del ejercicio militar, utilizando como profesores los oficiales del ejército.

Roma sabe que ya no puede contar

con los ejércitos nacionales, cuyos jefes han aprendido en la historia la serie de pérfidas traiciones cometidas contra todas las patrias, y cuyos soldados, obreros antes y después del servicio, van saturados de odio anticlerical. Y en previsión de sucesos inminentes en España, prepara el ejército clerical que haya de moverse bajo la inspiración del fraile, corriendo á morir y á matar, mientras el fraile y el obispo corran á embaular los billetes de Banco y á esconder sus cuerpos y sus bolsas.

Roma sabe que el niño de diez años, tres años más tarde es capaz de disparar un fusil; y esto le enseña, convirtiéndolo en foragido, haciéndole creer que los hombres no son de la especie sino en cuanto se sometan al clero; que los demás son encarnación del diablo, sin derecho á la vida, y á quienes se puede y se debe matar para salvar la propia alma.

Este es el *socialismo católico* y el que han predicado en el Palacio de Bellas Artes, revuelto en sofismas é hipocresías, esos renegados del trabajo, renegados de la milicia, renegados de la Patria y renegados de la humanidad.

La farsa social

Mientras uno de los obispos hablaba del amor al obrero, estaba pensando en los cupones de fin de mes, en el alza y baja de la Deuda Pública, en el producto de causas pías. El obispo de Jaca, hijo de guardia civil, estaba imaginando en donde emplazará su segundo chalet; el provisor Palmarola estaba calculando lo que le produciría una fábrica; y todos, al clausurarse la Semana Social, montaron en sus automóviles redimiendo las masas atropellándolas, derribando á viejos y niños, cuyas piernas rotas pagan á precio de pierna de obispo, á cinco pesetas, que es lo que dió el de Jaca al niño atropellado por su coche en las calles de Madrid.

Al combate

Entendédlo bien, españoles; aquí se va á librar la batalla decisiva; este es el último reducto de la Iglesia. Con vuestros albañiles fortifica sus conventos; con vuestros cerrajeros forja sus fusiles; con vuestros alambiques maquina sus bombas. Con vuestros hijos prepara los ejércitos de sus futuros sicarios á lo Montfort, el que congregó sobre la Provenza española los foragidos de toda Europa.

No esperéis á desarmar ese niño cuando sea joven fornido y apunte el fusil sobre vuestros pechos; desarmadle ahora, apartándole á él de esta cuadrilla en preparación. No durmáis; ese niño que hoy va al colegio con la inocente pluma en la mano, dentro de tres años saldrá de ella manejando el mortífero mauser.

Desarmadle ahora, hablándole á él y hablando á sus padres, haciéndoles ver cómo preparan sus hijos para el homicidio y para el odio, y tened fe en la honra y humana; yo fui niño clerical; yo habrí esgrimido contra vosotros el fusil; y cuando descubrí el engaño he vuelto contra la autora de mi seducción todas mis armas. Como cambié yo, pueden cambiar esos niños. Ayudadles á ver el engaño que no saben ni quieren ver, porque se creen incapaces de verlo.

Trabajad ahora en este desarme pacífico, para que mañana no tengáis que

apelar á la lucha cruenta y fratricida en que intenta sumir á España su *Madre Iglesia*, que padece la enfermedad de Medea: *devora sus hijos*.

S. PEY ORDEIX

Las prácticas del culto

A' pasar en Cádiz la procesión de San Sebastián por la calle de Cardoso, de regreso de la iglesia de San Lorenzo y con dirección á la catedral, sonó un disparo de arma de fuego, que produjo la confusión, sustos y carreras consiguientes.

Muchas mujeres cayeron al suelo accidentadas, corriendo el grave riesgo de ser pisoteadas por la muchedumbre, y en el suelo quedó también tendido José M.ín Suárez, herido de bala en mitad del pecho.

Según parece, este individuo había sostenido una reyerta con otro joven, que huyó, y que se cree sea el autor del disparo.

La procesión, compuesta de canónigos de la catedral, pendones y cruces parroquiales, apresuró el paso al promoverse el incidente. El herido pasó á la Casa de socorro.

¡Tiros, muertes, heridos, contusiones!... Esto producen hoy las procesiones.



La opinión

Iban un viejo y un chico por esos mundos de Dios, y acompañando á los dos iba también un borrico.

El vejete, ya en orvado, iba á pie con mucha paz, y mientras tanto, el rapaz, iba en el burro montado.

Vieron esto ciertas gentes de no sé qué población, y con acento burlón exclamaron impacientes:

—¡Mire usted el rapazuelo y que bien montado va, mientras de viejo que está andar no puede el abuelo!

¿No era mejor que el chiquillo siguiera á pie, de reata, y que el viejo, que va á pata, montara en el borriquito?

El anciano que esto oyó dijo al muchacho:—Discurso que hablan bien; baja del burro que voy á montarlo yo.

El niño sin impugnallo bajó del asno al instante y echó á andar, mientras boyante iba el abuelo á caballo.

—¡Vaya un cuadro singular y un chistoso viceversa!

(dijo una ger te diversa que así los vió caminar).

—¡Mire usted el viejarrón y cómo va caba gando mientras el chico va dando t opezón tras tropezón!

¿No era mejor que el vejete ¡ma:d.to sea su nombre! fue-e á pie, que al fin es hombre, y no el pobre mozalbate?

—¡Alabado sea Dios! dijo el viejo para sí;— tampoco les gusta así; pues, nada ¡á montar los dos!—

Esto dicho, de la chupa tiró al muchacho, subiéndole de un b:inco arriba y montóle muy sí señor en la grupa.

—¡Perfectamente!, exclamaron soltando la taravilla los de otro lugar ó villa por donde luego pasaron.

—¿Habrá cosa más bestial, aunque sea pasatiempo, que montar los dos á un tiempo en ese pobre animal?

¿No era mejor ¡voto á bríos! que alternasen en subir, y no que el burro ha de ir cargado así con los dos?

—¡Cosa es que ya me encocora, exclamó el viejo bufando: bajemos los dos... ¡y andando! á ver qué dicen ahora.

Y uno y otro descendieron y á pie empezaron á andar, y—¡B'en! ¡Muy bien! ¡Vaya un par!— otras gentes les dijeron.

—¿Es posible que se dé quien así busque molestias? ¡Qué majaderos! ¡Qué bestias! ¡Tienen burro y van á pie!—

Cargado entonces del todo, dijo el viejo:—¡Voto va! ¿Con qué no podemos ya acertar de ningún modo?

Hagamos lo que nos cuadre sin hacer caso el menor de ese mundo charlador, llore ó ría, grite ó ladre.

Por nada, pues, ya me aburro en un mundo tan ruín, Con que... ¡arriba chiquitín! que es lo mejor.—¡Arre, burro!

MIGUEL AGUSTÍN PRÍNCIPE

¿Se puede ser español?

Decía *España Nueva* en uno de sus números del pasado mes de Noviembre, que Polavieja se había quejado de faltas de atención sufridas durante su permanencia en México como representante de España. No hay motivo para tales quejas, y menos pueden formularse en un viaje tan ameno como productivo para los viajeros; pero si esas quejas existieron, y á un miembro de la camarilla pa aciega se le contestó que no estaba la nación para mezclarse en dificultades internacionales,—y viva la dignidad nacional, si hubiera motivo realmente,—¿qué atención puede merecer un pobre diablo como yo, expatriado como tantos otros, harto de

hambre á consecuencia del acaparamiento de los muchos establecimientos «proveedores de la real casa», con ó sin cruz en su marca comercial?...

Pero sin esperar la atención de ningún remediador de males, y aunque sé bien que murió en España el gran hidalgo D. Alonso Quijano, y sus herederos, si aún queda alguno, no asoman la cabeza ni aun para expresar el sentimiento patrio, lanzo hacia ahí mis lamentaciones, por si el eco de ellas repercute en la redacción de algún periódico francamente liberal y español, por amor á la patria.

A EL MOTÍN en primer término, y á *El País*, y á *España Nueva*, y á *El Radical*, y á *El Pueblo de Valencia*, y hasta á *El Liberal*, á todos ellos me dirijo, para descargo de las amarguras que me pesan en el pecho, oprimiéndome el corazón pletórico de sangre igual á la de los que siglos atrás la derramaban inliferentes por vengar un intento de agravio.

Con ser el caso que quiero referir puramente personal, creo que puede servir para demostrar nuestra degradación moral, nuestra decadencia de espíritu, nuestro amalgamamiento á la humillación, más vergonzosa en nosotros que fuimos siempre soberbios y rebeldes para todos.

Declaro una vez más que detesto de todo corazón el régimen monárquico, ese régimen caduco, arcaico, absurdo, pernicioso, ridículo, y hasta un poquito denigrante para las naciones libres que lo soportan contra la voluntad del pueblo; pero si la futura República española hubiera de practicarse como se practica la República en este país, digo previamente, extrañado de mi propia expresión: «¡Viva la monarquía!»

México atraviesa hoy por una crisis política cuyo origen y cuyas consecuencias no quiero determinar porque nada interesan á España directamente; basta con lo apuntado para poder decir que, como resultante de esa crisis, el gobierno mexicano está empleando un rigor tan extremado, que la República mexicana vive hace unos meses sin garantías individuales para nadie, supuesto que alguna vez las haya tenido.

Todo ó casi todo ese preámbulo, acaso un tanto enojoso, se me hace necesario para la debida claridad y comprensión del caso á que quiero referirme.

Una tarde, á fines del mes de Noviembre, cúpome en suerte dirigirme á las oficinas de un periódico para cobrar un dinero que allí se me debía; el tal periódico era (falleció el pobre y no de muerte «natural»), era desahogado al Gobierno; llegué á las dichas oficinas en la oportuna ocasión de encontrarse en ellas la policía, cuya respetabilísima y mal educada «señora», sin averiguar quién era yo ni el objeto de mi visita, me detuvo y condujo á la comisaría más próxima, en unión de varios mexicanos, sin más protesta por mi parte que la de no permitir á mi lado ningún gendarme durante el trayecto por las calles; y también, sin más formalidades, fui encerrado en un inmundito calabozo, donde pasé la noche sentado en el suelo, sin ningún abrigo ni alimento alguno; al siguiente día, con ridículo lujo de gendarmería, fui trasladado en cuerda de presos, pasando por el centro de la población, á la cárcel general; y como la cárcel descrita en *Mi Paso por la*

Cárcel de Nakens, resulta la antesala del paraíso comparada con la cárcel general de México, debo suponer que no me envidiarán ustedes los tres días que pasé en ella, incomunicado en un nauseabundo calabozo, hasta que al cuarto de mi detención arbitraria fui puesto en libertad.

¿De qué fui acusado? No lo sé todavía; pero si sé que se me puso en libertad, no por mi inocencia, sino por las gestiones de un buen amigo mío, relacionado con el personal del juzgado que disponía de mí.

No obstante, libreme Dios y el señor D. Porfirio Díaz, Presidente de la República mexicana, librenme ambos, si no son uno sólo, de censurar esos procedimientos de represión; otro es el objeto de estas líneas, y comenza en la siguiente:

Persona muy allegada á mí, tan luego como supo mi aprehensión, se dirigió personalmente á la legación de España en México, á cargo del Excmo. señor marqués de Colagán; cualquier representante de cualquier nación, que no sea la española, se habría apresurado á informarse del caso; pero este caballero, como representa dignamente á la monarquía española, por tener que salir de paseo con su apreciable familia, no pudo atender á la llamada persona, á quien citó para el siguiente día; ese siguiente día se dignó recibir la reclamación por escrito, y... ofreció consultar con un abogado. Como las comparaciones son siempre odiosas, no me permitiré decir que hubiera sido más eficaz la consulta haciéndola al Cónsul de Alemania en México, quien, recientemente, con más molestias personales que diplomacia, consiguió, A MEDIA NOCHE, una orden del gobernador para que fueran puestos en libertad, con la garantía del cónsul, subditos alemanes detenidos por sospechas de un robo (y de cuyo delito eran inocentes.) Decía yo, volviendo á mi caso, que el Excmo. Sr. marqués de Colagán consultó con un abogado, y prosiguió diciendo que la consulta debió ser larga, pues cuando aún no comenzaban las gestiones de la Legación de España, estaba yo en libertad; por consiguiente, si después de una detención arbitraria, arbitrariamente también se me hubiera declarado formalmente preso, cosa fácil en este país, y facilísima en estos tiempos revolucionarios, á estas fechas estaría yo disfrutando la placida vida de la cárcel, porque esas gestiones habrían muerto en flor ante la inexorable ley y la sagrada firma de un juez de instrucción; y en la cárcel me pasaría los días y los meses, matando las horas cantando la jota, como último residuo de mi cualidad de español.

Otro poco de paciencia, lector amable; hay segunda parte. Ya en libertad, solicité copia certificada del proceso para formalizar acusación é indemnización por abuso de autoridad y detención arbitraria; como se negaron á darme esas copias, indispensables jurídicamente para mi reclamación, pasé á visitar al Excmo. señor marqués de Colagán, ministro de España en México. Cuando me hizo el honor de recibirme, —que mis trabajos me costó,—le acompañaba el abogado de marras, y ambos, daban como pasmosas lecciones de patriotismo, y pidiéndolas inconscientemente de derecho internacional, vinieron

en conclusión á demostrarme claramente que es una tontería ejercer el propio derecho, para lo cual en nada podía contar con los representantes de España en México. El señor cónsul, á quien también visité, me dijo que el asunto no era de su incumbencia.

Y aquí, y así estoy, sin medios de vida por haber perdido, con el atropello policiaco, la ocupación que tenía sin poder reclamar los daños y perjuicios, á cuya reclamación tengo derecho, y sin saber si fuera de España se puede ser español y conservar la vergüenza.

Y no te digo más, lector pacienzudo que hasta aquí llegaste; aunque mucho más pudiera decirte, y no te digo por no cansarte.

MANUEL VINUESA

México, Diciembre de 1910

A un fraile pedí limosna,
y el fraile se sonrió,
como diciendo: Amiguito,
¡qué inocente te hizo Dios!

Y la Redacción de "El Motín"...

Veo en la prensa astorgana que el día 3 de este se declaró un formidable incendio en el magnífico monasterio de Religiosas Bernardas de San Miguel de las Dueñas.

El incendio fué sofocado haciendo tres cortes en el edificio, evitándose de este modo la ruina total.

El soberbio monasterio quedó en parte destruido, salvándose la iglesia, que también sufrió desperfectos. Las pérdidas se calculan en más de 20.000 duros. Dicese que no estaba asegurado el edificio.

Esta última noticia debe haber hecho temblar de alegría á los fieles de la provincia, porque así podrán vaciar generosamente sus bolsas para reedificar lo destruido.

Que el edificio estuviera asegurado de incendios, me parece perfectamente ortodoxo; ¿quién, sino los impíos, pueden dudar de que Dios vela por los suyos y les evita toda suerte de males?

Por esto, por confiar en la bondad divina, no he asegurado nada de lo que tengo. Y por esto puedo hoy repetir lo que tantas veces:

La Redacción de EL MOTÍN sigue tan incombustible.

¡Ya á morir un ladrón
y un fraile le repetía:
—Que Dios te perdone, hermano.
A todos nos toca un día.

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

POR

R. H. de Ibarreta

UNA PESETA

(FOLLETÓN 83)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR
OFFENBACH

y, si hubo tiempo en que las mujeres (como la Sabuco) hacían en España descubrimientos científicos que en otras partes no lograban los hombres, hoy los hombres en aquella monarquía, fuera de muy contadas excepciones, están en punto á ciencias por debajo de las mujeres de los otros países cultos; y el uso que hacen de los inventos de los demás ya no es de aquel atrevimiento y grandeza antiguos, siendo muy frecuente allí ver españoles que *inventan* lo que los extranjeros están cansados de saber.

De todos modos la monarquía española, que realmente no conoce bien su pasado, pues su historia es un tejido de crónicas legendarias en que abundan maravillas que no han existido, faltando, en cambio, otras que han existido en realidad, debiera, entre otras cosas, apresurarse á investigar y resolver este problema:

La esterilidad inventiva de aquellos naturales, que es, sin duda, la causa de que en el universal progreso científico sólo por excepción, y como por casualidad, figure alguno que otro nombre español, ¿es defecto racial, largo y difícil de corregir, ó es accidente etnográfico relativamente fácil de remediar? ¿Por qué el español, que, positivamente es ingenioso, no es también ingeniero?

CAPÍTULO XLVII

DONDE SE VERÁ QUE, EN PUNTO Á PODERIO INTERNACIONAL, EL DEDO DEL DESTINO VIENE MARCANDO INSISTENTEMENTE EL DECAIMIENTO DEL DE LA MONARQUÍA ESPAÑOLA.

No todo el decaimiento del antiguo poderío español es culpa de los hombres, reconozcámoslo así imparcialmente. A pesar del desdoro y desbarajuste con que dió fin en España la dinastía austriaca, y de las grandes pérdidas territoriales que á esa nación costó en Europa la instalación de los Borbones, pudo, bajo éstos, haber vuelto á levantar cabeza, á no haberse contado entre esas pérdidas una simple plaza fuerte, cuya verdadera importancia no parece que nadie haya conocido ó previsto

más que los que se apoderaron de ella.

Corría, en efecto, el año 1704. Por si el heredero de Carlos II, el *Hechizado*, había de ser un hijo del emperador de Alemania ó bien un nieto del rey de Francia andaban los españoles divididos; y por si en España continuaría dominando la influencia austriaca ó había de prevalecer la de los Borbones, ardía en guerra Europa. De un lado peleaban unidos franceses y españoles; del otro, ingleses, alemanes, holandeses, y españoles también.

Esto así, en 1.º de Agosto del citado año aparece á la vista de Gibraltar, que por Felipe V tenía Diego Salinas y guarnecía un centenar de soldados, numerosa escuadra de más de sesenta navíos ingleses y holandeses con otros muchos buques menores. Además de la dotación de mar, conducía esa escuadra nueve mil hombres de desembarco; y, aunque estos iban, al parecer, bajo las órdenes de Jorge de Darmstad, todo era realmente dirigido por el almirante inglés Rooke.

Tan poderoso armamento hizo rumbo hacia la plaza, echó anclas fuera de los fuegos de ella, y aquella misma tarde una división de dos mil hombres desembarcó en la costa Norte con el de Darmstad, el cual envió al gobernador intimación escrita de rendirse, que fué pronta y enérgicamente rechazada. En vista de esto, á la mañana siguiente, veinticinco navíos recibieron del almirante orden de ejecutar el bombardeo; mas no pudiendo, por causa de viento contrario, ocupar los puestos convenientes, el enemigo tuvo que contentarse aquel día con incendiar un buque francés de doce cañones que se hallaba en las inmediaciones del muelle viejo.

Transcurrió el día 3 en más preparativos de una y otra parte, y en la madrugada del 4, aún no bien convencido el almirante de que ante tan magnífico alarde de fuerza se negasen los españoles á parlamentar, mandó hacer algunos disparos de cañón; pero como fuesen en seguida, y muy vivamente contestados, procedió al ataque general, y entonces comenzó un furioso bombardeo de seis horas, no interrumpido ni debilitado un momento. Más de veinte mil balas cayeron sobre la plaza. A continuación del bombardeo, los ingleses efectuaron dos desembarcos por el muelle nuevo, y consiguieron apoderarse de toda la línea exterior de defensas. Con esto, los españoles, hecho ya

cuanto honor y lealtad podían exigirles, pensaron en rendirse; en la tarde del mismo día quedó concertada con el príncipe una capitulación honrosa para ambas partes; y el día 5 se izó en Gibraltar el pabellón imperial austriaco, que muy luego fué arriado, y sustituido por la bandera real de Inglaterra.

A causa de esta sustitución, hízese achacado á engaño la posesión de Gibraltar por los ingleses; pero la verdad es que la capitulación se había hecho á favor del pretendiente austriaco, en cuyo nombre los aliados habían atacado y combatido; y es claro que á cuál de ellos había de tocar después la preciada conquista era sólo asunto de ellos mismos. Y el caso no hubo de ser dudoso, cuando el mismo príncipe de Darmstad, que más directamente representaba allí los derechos y la persona de Carlos de Austria, quedó gobernando la plaza bajo la bandera inglesa. Así, pues, por convenio anterior entre los conquistadores, Gibraltar pasó á manos de los ingleses, y más tarde Felipe V, al afirmarse en el trono, reconoció solemnemente la posesión y derecho de ellos.

No; en el modo como se plantó en Gibraltar la bandera de la reina Ana, no se puede decir que hubiera dolo, traición ni felonía. Lo que sí puede haber es agravio, y grande, en la detentación persistente de esa parte, así sea pequeña, del histórico suelo español, sobre todo cuando tanto hicieron á principios del siglo xix los españoles para la destrucción del más temido, potente é irreconciliable enemigo de los ingleses, y cuando ya no hay nación en el mundo civilizado, que tenga en poder de extranjeros porción ninguna del solar patrio. No; no hay pueblo culto, á excepción del español, tan desdichado como para contemplar en ajenas manos una parte de su intrínseco territorio nacional, de aquel que la naturaleza le ha destinado, la historia confirmado, y los propios hechos y trabajos mantenidos á través de los siglos hasta la ocurrencia, al parecer casual, de un simple accidente de guerra. La monarquía española, sólo la monarquía española sufre esta iniquidad y esta ignominia. Los ingleses tienen hoy en España una colonia como la tenía y donde la tenía la comercial Tiro hace más de dos mil quinientos años.

Y además, ó aparte del agravio, lo que positivamente ha habido ha sido